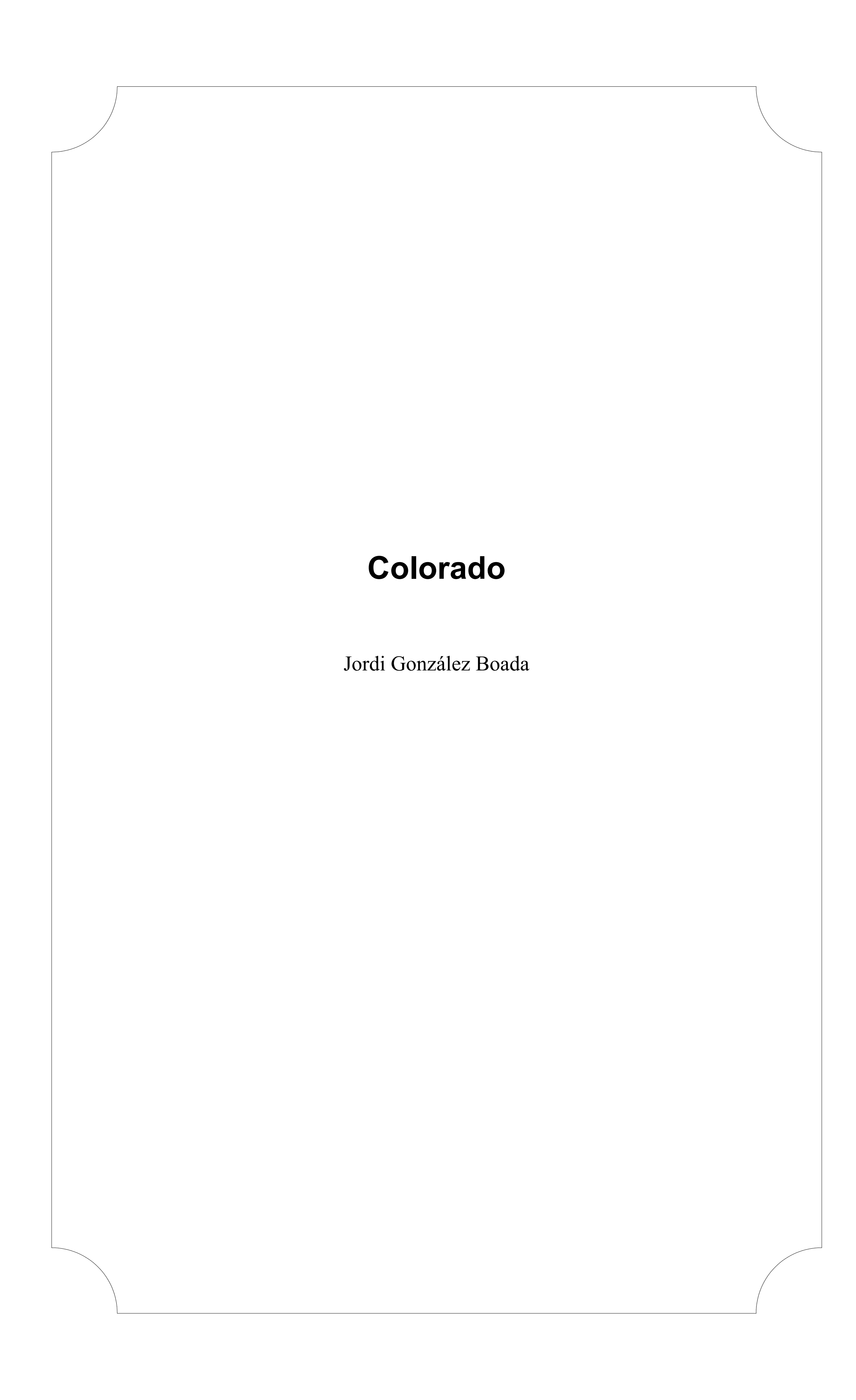


Colorado

Jordi González Boada

Colorado
Jordi González Boada
2012

Nota introductoria

Con esta nota pretendo explicar de dónde surge este relato y por qué surge de la manera en la que lo hace.

Este relato debería haber correspondido con un capítulo de una novela que estoy escribiendo y ha sido extraído de la misma para ser ofrecido gratuitamente como método de autopromoción debido a que soy un escritor novel. Aun así, consta de una trama con un inicio, un desarrollo y una resolución propios, lo que posibilita su lectura como un texto totalmente independiente.

Si te gusta no olvides recomendarlo, este relato está disponible en varios formatos a través de mi página web: www.jordigonzalezboada.com.

Granada, julio de 2012.

I

Llegamos a Colorado City el doce de enero. Según Sasha una ciudad llena de rebeldes, asesinos y nuevos mesías. Una ciudad odiada por todos los gobiernos y corporaciones pero con la que nadie se permitiría no comerciar. En un mundo hipócrita, tan denostada como necesitada, tan odiada como deseada.

Todo eso, y mucho más, era y contenía Colorado City. Cuando llegué, aunque era una ciudad marciana, casi no sabía nada de ella; nada, salvo su existencia,... y casi ni eso. Cuando me fui sabía todo eso y mucho más.

Pese a que los transbordadores de la Tyr, como los de cualquier otra fragata de guerra, podían hacer funciones de lanzaderas, vino a recogernos cerca de donde orbitábamos una lanzadera de servicio. En ella, de todos los que íbamos en la fragata, únicamente viajamos camino de Colorado City el capitán, Eldar, Sasha y yo,... y Baltasar, claro.

La Tyr había quedado en una órbita estacionaria sobre la ciudad, como otras muchas naves. Tras acomodarnos en nuestros asientos Sasha me señaló la nave a través de la ventanilla que había junto a mí y me contó la rutina. Según órdenes del capitán siempre debía haber un retén de guardia, preparado para poder salir de allí lo más rápidamente posible; sin siquiera esperar a los que se pudieran encontrar en la ciudad, incluido él mismo. Perder la nave sería fatal para todos ellos y, por otro lado, nadie entraría por la fuerza en Colorado City, al menos no sin tener que hacer frente a graves e imprevisibles consecuencias... incluso la guerra; peores excusas se habían buscado en anteriores ocasiones. Así estaban las cosas por allí, por todo el sistema.

Al descender, lo primero que me llamó la atención al aproximarnos a la superficie de Marte fueron los grandes campos de generadores eólicos de levitación que sobrevolamos en nuestro camino hacia la ciudad, pero, al final, tras dejarlos atrás y acercarnos suficientemente, toda mi atención fue absorbida por el tamaño de la ciudad. Colorado City podía ser cinco o seis veces mayor que Brubekburg, la mayor ciudad que había conocido. Al menos, desde el aire, pude contar siete grandes torres Tesla.

Mientras miraba y pensaba en el tamaño de la ciudad me di cuenta, parecía que me estaba acostumbrando a viajar y a los cambios de gravedad, nunca lo hubiese creído; tan sólo tenía ganas de echar la pota, no la estaba echando.

Seguíamos acercándonos a la ciudad, ya podía ver a través de sus cúpulas y sus bóvedas, y seguía pensando. Me sorprendía que el capitán Dezhnev hubiese decidido llevarme con ellos. En la nave a más de uno no debió sentarle muy bien que yo, sin siquiera formar parte de la tripulación, fuese elegido para bajar; sin embargo ninguno podría decir que estuviese más asombrado por ello que yo.

Según me había contado Sasha la ciudad estaba llena de espías de todas las naciones y corporaciones, aun así, este no era un campo de batalla sangriento, todo lo que allí se hacía era hecho con sutileza, mucha sutileza. Si te buscasen, decía Sasha, aunque supiesen que estabas allí, no intentarían nada, esperarían a que estuvieses fuera, y no, precisamente, demasiado cerca de Colorado City. Lejos, donde no hubiese ojos para ver ni oídos para escuchar.

Finalmente arribamos a uno de los hangares de la ciudad, y desde allí un deslizador nos llevó hasta un muelle aledaño a la gran terminal. La terminal era un edificio inmenso que no se encontraba dentro de ninguna cúpula o bóveda, él mismo era una bóveda de contención atmosférica. En otros sitios lo que aquí sólo era una terminal sería el continente para albergar en su interior los edificios de toda una ciudad.

Fue allí, en aquel inmenso edificio, donde vi por primera vez a una muchacha que, sin aún saberlo, habría de ver muy a menudo en aquel tiempo, en aquella ciudad. Al entrar en la terminal la vi, estaba de pie junto a la pared de nuestra izquierda; pequeña, con su pelo largo y negro tapándole uno de sus grandes ojos perfilados de negro. Un par de tipos que estaban junto a ella parecían querer divertirse a su costa, es fácil reconocer su actitud,... aunque siempre en estos casos parece difícil que alguien haga algo; la gente pasa y hace como si no viesen nada, como si no ocurriese nada.

Sin pensarlo le di la correa a Eldar, y alejándome del grupo me planté delante del tipo más grande. En voz baja y sin dejar de mirarle a los ojos, sin parpadear, le hablé.

—Ahora estamos fuera. Vuelve a mirarme como en la lanzadera y te arranco la garganta... Y a tu amigo también.

—Te confundes, ¿lanzadera? —Dio un paso atrás y continuó hablando—. Yo no he subido nunca a ninguna lanzadera. Me confundes con otro.

En menos de tres segundos los dos estaban marchándose, caminando de espaldas y tratando de explicarme que no habían subido a una lanzadera en toda su vida. Encima de gilipollas, tontos: ¿quién no se ha subido nunca a una lanzadera? ¡Vaya mierda excusa!

Tras irse los dos imbéciles, ella me dijo «Gracias» y también se marchó. Tenía una voz maravillosa, dulce.

Al girarme para verla marcharse me encontré a Sasha junto a mí diciéndome «¡Tan pronto no, hombre!» a la vez que me cogía del brazo y tiraba de mí para que regresásemos

con el grupo. Casi siguiéndola, volvimos junto a la puerta por la que habíamos entrado a la terminal, donde esperaban el capitán, Eldar y Baltasar.

—Un caballero aventurero —empezó a decir Sasha sonriendo y mirando al capitán Dezhnev, intentando excusarme— no puede permitir ciertas cosas.

El capitán sin decir nada giró a su derecha y se dirigió a la salida más próxima, por donde se había marchado la muchacha. Su cara resultaba inescrutable; no podría decir que estaba enfadado, pero seguro que no estaba muy contento.

Nada más salir de la terminal subimos a un deslizador que nos llevó al centro. Nos dirigimos a un gran edificio de cristal negro que había al otro lado de la calle en la que nos apeamos; salió a nuestro encuentro un hombre sonriente y gordo que con los brazos alzados llegó hasta la mitad de la calle —hasta donde nos había dado tiempo a llegar—, y abrazando al capitán le dio tres besos. El capitán no parecía demasiado contento con tantas atenciones.

—Estimado capitán Semyon Ivanovich Dezhnev, siempre es un placer tenerle con nosotros.

—El placer está en disfrutar de tu compañía Sammuel —respondió sin la entonación formal que había utilizado el hombre gordo, de una manera, por otro lado, que podría parecer más amistosa.

Según supe después el hombre gordo se llamaba Sammuel Laski y era el dueño de la empresa con la que íbamos a tratar. Una de tantas empresas de intermediación, de esas que usan todos aquellos que, por algún motivo, quieren ocultar su identidad durante un negocio. Lo que nunca llegué a saber es si era tan pelota con todo el mundo o si realmente apreciaba al capitán Dezhnev.

Mientras observaba al gordo, Eldar me golpeo el costado con el codo y me señaló con un gesto de la cabeza a dos tipos que había a un lado de la entrada del edificio, mirándonos.

—Son sus guardaespaldas —me dijo entre susurros—. Tú no pierdas de vista al más pequeño,... aquí las amistades valen lo que vale un negocio.

Y eso hice, no le quite el ojo ni un instante.

Fuimos a las oficinas del gordo; estaban en la vigésimo primera planta del edificio negro, mirando al sur, hacia el interior de la cúpula en la que se encontraba el edificio. La otra mitad de la planta estaba ocupada por una empresa de procesado de comida. Rápidamente pasamos la recepción y la sala de espera, al final de un largo pasillo lleno de puertas a uno y otro lado había otra sala de espera, ésta más pequeña, y un hombre sentado en una mesa que había junto a una puerta; nada más ver al gordo el hombre se levantó y lo saludó con mucha ceremonia.

—No te levantes —le respondió el gordo sonriendo de una manera más mecánica que sincera, indicándole con un ademán de su hinchada mano que se sentara—, ¿está todo

preparado?

El hombre de detrás de la mesa asintió exageradamente con la cabeza y volvió a sentarse.

Sin pararnos entramos en lo que resultó ser una antesala en la que debimos esperar al menos una hora. El capitán y Sasha habían entrado con el hombre gordo por la siguiente puerta, a su despacho. Durante todo el tiempo que los demás permanecimos esperando fuera no dejé de vigilar al más pequeño de los guardaespaldas, él terminó haciendo lo mismo. Eldar parecía estar en otra onda, estuvo todo el rato viendo una de las pantallas flexibles que había cogido de una de las mesas que había allí.

Cuando debían llevar más de cuarenta minutos encerrados se escucharon voces en el interior del despacho, o eso me pareció a mí y a los guardaespaldas que rápidamente miraron hacia la puerta; Eldar, sin embargo, siguió mirando la pantalla flexible que tenía en sus manos. Al cabo de una hora salían los tres sonriendo y estrechándose las manos.

Tras entrar en el ascensor las caras sonrientes del capitán y de Sasha se apagaron como si alguien hubiese apretado un conmutador.

—¿No ha ido bien la cosa? —le pregunté a Sasha. No respondió—. ¿Qué había cargado en la pantalla? —le pregunté a Eldar, que estaba entre Sasha y yo.

—No tengo ni idea, no la estuve mirando. ¿Por qué?

—Por nada, por nada... Por hablar.

Nos marchamos del lugar y tan pronto quedó el edificio fuera de nuestra vista entramos en un local. Una de esas cafeterías con reservados en alto en los que nadie te ve y donde en vez de pedir lo que deseas al dispensador viene alguien a preguntar; muy retro. Pedimos y esperamos a que nos lo trajeran. El capitán le solicitó una pantalla a Eldar y este, tras desenrollarla se la ofreció; estuvo más de media hora trasteando su brazal y mirando la pantalla.

Entretanto Sasha le comentó a Eldar lo que pasaba.

—Ahora no quieren todo el pedido; además nos encargan nuevo material... —mirándome continuó hablando— que, claro está, no hemos traído. Hemos tenido que renegociar el precio; además, piden más de lo que podemos trasportar en un solo viaje. Afortunadamente parte ya se encuentra aquí.

Tras quedarnos unos minutos en silencio el capitán dejó la pantalla y nos informó.

—Vamos a descargar lo que traemos del nuevo pedido, he enviado las órdenes codificadas para ello, y lo almacenaremos en un depósito fuera de la ciudad. Vosotros tres os quedaréis aquí para vigilar la mercancía y a Laski y yo iré a buscar el resto del pedido. Quiero un informe en cuanto vuelva ¿Está claro? —Todos asentimos—. ¿Alguna pregunta? —No hubo ninguna pregunta.

Rápidamente, tal como dijo el capitán, se hizo. Se descargó el material y se almacenó

en unos depósitos que había a treinta kilómetros al sur de la ciudad; pertenecían a Zoltán De Munn, un viejo amigo de Eldar. El capitán y el resto de la tripulación se marcharon y nosotros nos quedamos en Colorado City.

Por recomendación de Zoltán nos íbamos a hospedar en un lugar llamado Daumen, donde paraban los mozos que trabajaban en sus depósitos siempre que estaban en la ciudad. Parecía un buen lugar para mantenernos informados sobre el estado de nuestras mercancías; eso sin contar, obviamente, con las cámaras, los sensores y todos los demás artilugios situados dentro de los depósitos.

El hospedaje estaba a la entrada de una bóveda. Una de esas típicas bóvedas que se arremolinan alrededor de las enormes cúpulas de cualquier gran ciudad marciana; de esas que, si te subes a las azoteas, casi basta con levantar el brazo para poder tocarlas con la mano, y que están sustentadas por innumerables pilares que te encuentras donde menos te lo esperas: al girar una esquina, saliendo de lo alto de un edificio,... en cualquier parte, como si el que las puso hubiese perdido los planos.

Nos acomodamos y bajamos a comer algo. Sasha miró y remiró el lugar durante largo tiempo, y conforme más lo miraba más extraño se volvía el gesto de su cara.

—Con un figón de tan tremenda laya se nos hará bien copiosa la estada —dijo finalmente.

Me eché a reír a carcajadas; no sabía que me hacía más gracia, el lugar o Sasha,... y su cara, por supuesto.

Baltasar empezó a ladrar.

Sasha me miró con cara de pena.

Eldar se echó a reír.

A media tarde Zoltán vino a buscarnos para tomar algo y celebrarlo. Era algo más alto que Eldar y tenía tantas canas como él, debían ser de la misma edad.

—Os voy a llevar a un sitio que seguro que te gustará —le dijo a Eldar.

Fuimos a un local que se encontraba en la trasera de un edificio de la cúpula aledaña, a poca distancia del túnel de comunicación. La entrada estaba en un estrecho callejón, oscuro, sin ninguna otra iluminación a parte de la poca luz de la tarde que conseguía penetrar entre aquellas paredes; sólo parecía haber penumbras que no llevasen a ninguna parte. En una pared una sombra más oscura, casi rectangular, resultó ser la puerta de acceso.

Cuando se abrió la puerta casi parecía no haber más iluminación que en el exterior, pero al cerrarse fue subiendo la intensidad de la luz gradualmente hasta que pude ver que nos encontrábamos en una pequeña habitación con un taburete y otra puerta. Nos había abierto un gigantón de pega; si sabes lo que debes mirar es fácil distinguirlos. Saludó amablemente a Zoltán, miró rápidamente a Sasha y a Eldar y a mí me miró más detenidamente, como si le debiera créditos. Después miró a Baltasar rápidamente, acto seguido lo miró con fijeza y me volvió a mirar con una cara que bien podría ser de sorpresa. A continuación hi-

zo un ligero movimiento de cabeza y nos abrió la segunda puerta.

Ante nosotros había un amplio local vacío, con muchas barras, mesas, reservados y palcos. En el centro, un ring; y a su alrededor una amplia zona vacía de mobiliario.

¡Menuda sorpresa! La gente nunca deja de sorprenderte.

—¡Vaya Sasha —le dije con una sonrisa—, no me lo esperaba de ti!

—No te creas que me gusta —respondió algo serio mirando el ring—. Podría ser totalmente exacto decir que acompaño a Eldar para que no se meta en complicaciones, en estos lugares es proclive a dejarse llevar por su acaloramiento de ánimo y tiende a olvidar que ya no es un efebo,... pero, aunque es el típico sitio al que van Eldar y Zoltán, y al que yo los acompaño, no puedo decir que, en esta ocasión, supiera que veníamos a un sitio de esta categoría; aunque por otro lado era cosa de esperar... También podría decir que vengo por no hacerle un feo a Zoltán.

—Sacrificándote, ¿no?

—Más o menos,... más o menos. Dejémoslo así —dijo mirándome con una gran sonrisa.

El lugar tenía buenas pintas, pero debían faltar cinco o seis horas para que empezase a tener algo de ambiente. Estaba vacío, a excepción de un tío que parecía revisar el local y otro que andaba tras una de las barras.

Nos sentamos en un reservado y hablamos. Bueno, yo muy poco, y Baltasar nada. Baltasar estuvo perdido la mayor parte del tiempo, investigando y olisqueando por todo el local. Creo que se meó en la pata de varias mesas. Cosas de la vida.

—Te compro el bicho ese —me propuso Zoltán.

—Se nota que tienes mano en este local —le dijo Eldar a Zoltán cambiándole el tema—. Lo que no entiendo es para que nos has traído a celebrar nuestra llegada a un local que todavía está cerrado.

—Pues sí, tengo algo de mano; mis buenos créditos me ha costado, ahora soy uno de los socios... —Sonrió, Eldar también sonrió y le dio una fuerte palmada en el hombro—. Zoltán siempre hace las cosas por una razón, esta vez no va a ser menos. Ya te he dicho que es un sitio que seguro que te va a gustar,... pero no hablemos de eso de momento, es una sorpresa.

Seguimos allí durante un rato no muy largo. Eldar y Zoltán se contaban batallitas de cuando servían juntos en otra fragata; según averigüé, en aquella época ambos eran reclutas y compartían camarote. Sasha me estaba relatando una de sus anécdotas, por entonces estaba haciendo prácticas médicas en una estación orbital de la Luna. De repente Zoltán se levantó.

—Bien, acaba de llegar el motivo por el que hemos venido aquí,... ahora vengo —dijo marchándose casi corriendo.

Instantes después había vuelto con un tío unos diez años mayor que yo, entre rubio y castaño, con coleta y barba de una semana, con una chaqueta gruesa y corta, de grandes so-

lapas y llena de cremalleras cromadas, con unos pantalones ajustados, viejos,... muy viejos, y botas reforzadas. Me resultaba extrañamente familiar, aunque yo nunca había estado por allí.

Nos lo presentó, era John Doyle.

En tales ocasiones no se puede desaprovechar un apretón de manos, así que apretamos y apretamos. Noté como empezaban a temblarme las sienes.

A parte de Sasha, ¿quién no había oído hablar de él? Se decía que era el mejor luchador de todo el sistema, y no sólo de la actualidad. Aunque como en todo, siempre había quien lo ponía en duda porque se movía exclusivamente en el circuito de las ciudades estado, como Colorado City, nunca por las colonias. Jamás lo había visto luchar en directo.

Estaba invicto.

No era muy alto, como yo.

¡Sí, lo sé!,... eso no es ser bajo, pero para ser un campeón absoluto de lucha sí lo es.

Eldar se entusiasmó. Resulta que era un fanático de la lucha; yo sabía algo de su gusto por la lucha, pero no me imaginaba que fuese tan apasionadamente entusiasta. Zoltán sí lo sabía.

Estuvimos allí hasta casi la hora de apertura; me estaba doliendo el culo de estar tantas horas sentado. Doyle se había ido bastante antes, no debió estar más de media hora con nosotros. Según lo que contó Zoltán, el manager de Doyle era el otro dueño del local, un tal Drod Kahn. Doyle iba por allí a verle, y a veces entrenaba en aquel ring, sin público, cuando tenía próxima una nueva pelea. También le gustaba ir a ver alguno de los combates de aficionados y semiprofesionales que se celebraban por las noches.

Aunque todo eso podría ser interesante me estaba entrando algo de mala leche, Zoltán se había empeñado en comprarme a Baltasar; en el tiempo que estuvimos allí me lo debió proponer al menos cinco veces. A ver si no íbamos a terminar teniendo problemas...

Al fin nos fuimos, poco antes de que abriesen. Creo que ya lo he dicho, ¿no?

Al salir, Zoltán le dijo al portero que nosotros siempre podíamos entrar, a cualquier hora.

Resultó que Eldar, como había dicho Sasha, sí tenía sangre de comediante. Aunque él y Zoltán eran hombres maduros, por decirlo finamente, les gustaba hacer el tonto juntos. Supongo que era algo que venía de sus tiempos de recluta. Se pasaron todo el camino hasta el cuchitril que Zoltán nos había recomendado haciendo el tonto y riéndose de lo que hacían. Vergüenza ajena llegamos a sentir Sasha y yo; Sasha miraba a otro lado, como el que no los conoce y ni siquiera ve nada, pero a veces no podía aguantarse y se reía quedamente.

Baltasar les ladraba cada vez que se reían.

La ciudad estaba llena de bares, pubs, discotecas, clubs, casinos,... todo tipo de locales donde poder gastar rápidamente tu crédito. Y eso en un recorrido de quince minutos. Allí no sólo se vivía de la minería.

A la mañana siguiente Eldar fue, según dijo, a verificar que todo estuviese bien en los depósitos, y Sasha y yo fuimos a ver qué hacía Sammuel Laski.

Nos fuimos temprano y esperamos en una cafetería que había al otro lado de la calle, frente a su apartamento. Allí esperamos una hora, mirando a través del ventanal del local el edificio que quedaba frente a nosotros. Baltasar estaba tan aburrido que se hizo una bola debajo de la mesa y se puso a dormir. Finalmente el gordo se decidió a salir y, supongo que no casualmente, vino a la cafetería en la que estábamos nosotros; quedaba enfrente, por lo que podía ser que fuese a menudo. No habíamos previsto esa posibilidad.

Le acompañaban los mismos guardaespaldas del día anterior. No nos vieron, no debían ser muy buenos.

Sí, iba a menudo. Nada más entrar el camarero le saludó y con una gran sonrisa le preguntó si le ponía lo mismo de siempre; si respondió, no lo escuché.

Unos minutos más tarde los tres tenían frente a ellos desayuno para siete. Los guardaespaldas comieron muy poco, Laski lo hizo como si se lo fuesen a quitar en cualquier momento. Tras acabar con lo que había sobre la mesa pidió un trozo de tarta, se le había apetecido al verla.

Casi estuvieron una hora, una hora durante la que no dejamos de buscar la manera de que no nos viesen.

Se marcharon y les seguimos.

Fue a una sauna.

Fue a su despacho un par de horas. Mientras, di unas vueltas con Baltasar, se estaba poniendo nervioso por no hacer nada.

Se fue a comer; comió en un restaurante de esos caros e insípidos que hay en el centro de todas las ciudades. Nosotros hicimos lo propio en un puesto ambulante que había en la misma acera. También uno de tantos en el centro de cualquier ciudad. Desde donde estábamos, aunque estaba de espaldas a nosotros, podíamos verle comer, comió por cuatro o cinco.

Se fue al club de Los Caballeros de Marte. Sasha entró por la puerta de servicio y se puso un uniforme que encontró en el vestuario de los empleados. Laski durmió durante una hora y media en un sillón de la sala de lectura, con una pantalla flexible entre las manos; ni siquiera la había encendido. Durante la siesta, Eldar nos llamó y se reunió conmigo frente al club. Esperamos.

Se fue de nuevo a su despacho, media hora. Cambió de guardaespaldas.

Se marchó a una cafetería y se reunió con una gente... y se dio otro atracón. Eldar, Baltasar y yo aprovechamos y fuimos a su apartamento y lo llenamos de micrófonos y cámaras. Un tío como yo puede resultar muy útil para esas cosas; «le vamos a sacar partido al técnico de mantenimiento», le dijo Eldar a Sasha al irnos. Me temo que Baltasar se meó en algún sitio del apartamento, ¡qué poco profesional!

Regresó a su despacho. Nos reunimos de nuevo con Sasha, en la calle, frente al edificio de cristal negro.

Se fue al gimnasio, en la cafetería se hartó de batidos antes de que le diesen un masaje.

Se fue a cenar, por cuatro o cinco otra vez. Sus guardaespaldas siempre le acompañaban a todas partes; no sabía para que le harían falta, bien poco hacía a parte de comer. Esperamos.

Cansado de escuchar nuestra sesión de vigilancia, ¿verdad? Pues más cansado era estar allí. Mirar y esperar, ¡qué pesado era aquello! Y yo no era el único que lo pensaba, Sasha alcanzó su máximo y no pudo más. Cada uno por donde más le duele.

—Voy a aborrecer hasta el más excelso ágape si sigo observando a este heliogábalo.

Sasha, sin excesos, era una persona de gustos refinados; demasiado refinados para soportar lugares como Daumen o gente como Sammuel Laski sin, al menos, decir algo. Nunca antes le había escuchado quejarse. Ahora, como en el cuchitril en el que nos hospedábamos, su cara lo decía todo. Para esos lugares y gentes no había anécdotas, tan sólo algún comentario sobre su infortunio.

Después de cenar se fue a su apartamento. Pasó la tarde noche trabajando en una miniatura; era, según Sasha, el escenario de un teatro, especuló pero no fue capaz de distinguir que representación era.

Se fue a dormir. Nosotros nos fuimos a su despacho y lo llenamos de micrófonos y cámaras, como su apartamento.

—Nos hemos ganado una copa —dijo Eldar al salir del edificio—. Vayamos al local donde estuvimos con Zoltán.

—Sí, me he ganado esa copa... —respondió Sasha—. O mejor una cerveza, bien fría. Helada.

Todos nos la habíamos ganado, así que nos fuimos para allá.

Eran cerca de las doce cuando llegamos al callejón. En esta ocasión estaba iluminado y había gente en él. Sobre la puerta de entrada se veía un letrero de neón de estilo retro. Kiutes Club, en rosa.

Fuimos hasta la puerta y nos encontramos al gigantón del día anterior, estaba acompañado por otros dos más, de igual tipología. Nos dejó entrar sin problemas.

La gente no dejaba de mirar a Baltasar así que lo metí bajo mi chaqueta.

Pedimos tres cervezas y una botella de agua en una de las barras, me llevé un cuenco para Baltasar y buscamos un reservado. Costó pero encontramos uno vacío y nos apalancamos en él. Baltasar no tuvo suerte, le tocó estar atado, por si acaso. Estaba bastante juguetón pero no le quedó otra, se hizo una bola y se durmió encima de la chaqueta de Sasha.

Hablamos mientras bebíamos y veíamos el espectáculo del ring, que, por cierto, no era nada bueno. Pensé que esperaba que John Doyle viniese a ver mejores combates. Uno

daba unos puñetazos que se veían a la legua, daba tiempo a hacerse un café y tomárselo antes de esquivarlo, y si tenía suerte y se llevaba al otro al suelo, este último, sin saber que hacer, pataleaba como niño con berrinche. ¡Menudo espectáculo!

Aun así, allí parecía disfrutar todo el mundo con el combate.

Como me recordó Sasha, y después Eldar, una de las prerrogativas de los mayores es la de mandar a los más jóvenes; tuve que ir todas las veces a rellenar.

La segunda vez, esperando de espaldas a la barra, mirando a la gente que había por allí, me preguntó una camarera:

—¿Qué te pongo?

—Tres cerve... —Era la chica de la terminal—. ¡Hola!... Tres cervezas... —Le puse una gran sonrisa—. Por favor.

Hablé un rato con ella. Lo típico: «veo que trabajas aquí», «¿llevas mucho tiempo?», «¿cómo estás?», «¿cómo te va?». No parecía muy contenta de verme, por lo que tras unos monosílabos volví al reservado tras un «ya nos veremos».

Después de tres cervezas nos fuimos a dormir.

Estaba sentado en la cama, apoyado en la herrumbrosa pared, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, tocando la pequeña caja que había en el bolsillo interior. Recorría sus formas con mis dedos y recordaba los momentos que vivimos en Brubekburg; unos momentos lejanos en el espacio,... perdidos en el tiempo.

Me recosté lentamente hasta que mi mejilla tocó la almohada con suavidad. Después mi cabeza continuó bajando hasta caer por un pozo infinito de tranquilidad, hasta que perdí la conciencia de mí y de todo. Hasta que el tiempo dejó de existir.

Esa noche dormí profundamente.

II

Las paredes y el techo estaban oxidados; del techo se veían colgar pequeñas costras mientras el óxido caído de las paredes se acumulaba en el suelo. La habitación tenía una ventana alargada que iba de un extremo a otro de la pared que quedaba a la izquierda; su parte superior tocaba el techo, la inferior no la podría haber alcanzado con el brazo extendido ni aun puesto de puntillas (cosa que nunca tuve intención de hacer). La luz del alumbrado exterior, que entraba a través de los cristales sucios de la ventana, iluminaba las costras y el óxido acumulado en el rincón que quedaba más allá del final de la cama. Al girar la vista e intentar seguir los montones de óxido del suelo la habitación se iba volviendo cada vez más oscura, hasta que al llegar junto a la pared en la que se encontraba la ventana tan sólo se podían intuir los montones de óxido formando pequeñas sombras más profundas en ese rincón. Arriba las costras del techo dibujaban sombras alargadas que inducían a buscar formas conocidas, formas con algún significado.

Me había despertado temprano y desde la cama miraba el rincón, el techo y sus sombras y el cielo a través de los sucios cristales de aquella ventana. A través de la bóveda.

Baltasar aún dormía a mi lado, sobre la cama.

Miré el brazal, todavía no eran las seis.

Junto a la almohada estaba mi chaqueta, y dentro de ella la pequeña cajita. La saqué del bolsillo interior y la sostuve entre mis manos siguiendo sus contornos con los dedos, como hice la noche anterior y otras muchas noches; y entretanto, miraba a través de aquella ventana...

Estoy en un local estrecho y alargado, la beso. «Quédate» le digo...

Me he vuelto a quedar dormido; me he vuelto a despertar. Vuelvo a mirar a través de aquellos sucios cristales. Son las seis y media.

Antes de que Sasha y Eldar se levantasen Baltasar y yo ya habíamos vuelto de correr. Al poco de haberme metido en la ducha vino Sasha a llamarme, «¡a ver si nos vamos levantando, dormilón!», y se fue.

Bajé al comedor. Los encontré sentados en una mesa que había en el rincón más alejado de la entrada; los dos sentados mirando hacia la puerta, me iba a tocar a mí sentarme de espaldas.

Baltasar salió corriendo y saltó sobre Sasha.

Desayunamos.

—Eldar ha pedido smörgåsbord para desayunar.

—Smørrebrød —repuso Eldar—. Con pan negro.

—Cierto... Y está mejor de lo que parece —continuó diciendo Sasha—, aunque ya puestos mejor hubiese sido algo de zakuski.

—Nunca se sabe cuánto se puede llegar a complicar un día, hay que desayunar bien,... por si acaso —musitó Eldar en tanto que miraba una pantalla.

Eldar comía y miraba en la pantalla sincronizada con su brazal si había sucedido algo durante la noche. En ocasiones levantaba la vista y miraba a la gente que entraba en el comedor, entonces yo también me giraba para mirar,... hasta que derramé el café sobre la pantalla; Eldar lo quitó con un movimiento rápido de la mano y siguió trasteando la pantalla y el brazal, enfrascado en lo que hacía.

Eso mismo era lo que nos esperaba el resto del día, observar pantallas y escuchar conversaciones.

Aquellos días que pasamos en Colorado City resultaron ser muy intensos, cosa que ni por un momento me podía haber imaginado aquella mañana, desayunando el smørrebrød pedido por Eldar y mirando pantallas cómoda y aburridamente sentados. Tuve que rememorarlos con posterioridad y preguntar a Sasha y a Eldar —que no estaba por la labor— para llegar a entender todos los sucesos que acontecieron. Si es que lo llegué a hacer.

Intensos y complejos. Aún, ahora, deben haber cosas de las que no me he percatado.

El día se presentó como he dicho: con Sasha mirando al gordo en las pantallas, escuchando sus conversaciones y viendo lo que la cámara y el micrófono de Eldar grababan durante el seguimiento; en alguna ocasión, mirando el interior de los depósitos. Sasha además escudriñaba la documentación y la contabilidad del tipo. Según parece el tío era un chapuzas, no tenía la información codificada y ni siquiera tenía contraseñas de acceso. Hasta el hijo de su vecino podría entrar en el sistema. Mejor para nosotros.

Lo único de interés que descubrimos fue que Laski estaba pluriempleado, además de intermediario en negocios, lícitos e ilícitos, de compraventa, era corredor de apuestas. Cubría cualquier tipo de apuesta que la gente quisiese hacer, sin límites. Él era un jugador. En principio, nada ilegal en Colorado City, pero es bien sabido que siempre hay quien encuentra maneras y maneras de hacer las cosas; hay una gente más creativa que otra.

Por la tarde hubo relevo, Sasha en la calle y Eldar en la habitación, conmigo.

Me ofrecí pero los dos rechazaron la propuesta, me dijeron que el capitán no aproba-

ría que un invitado suyo corriese peligro... ¡Qué sutiles! La verdad era que yo no formaba parte de la tripulación, y aunque me considerasen su amigo, casi no me conocían de nada. Su instinto de supervivencia estaba enormemente arraigado. Nada que tenerles en cuenta, era su vida la que ponían en juego. Para un pirata sólo hay una sentencia, la muerte; seguro que lo sabes.

Al final de la tarde salí a dar una vuelta con Baltasar, Eldar se había cansado de que se pusiese delante de mí y empezase a ladrar, a gemir y a saltar sin parar.

Si salías de la avenida principal de la bóveda, donde se encontraba el hospedaje, había un cuadriculado de callejuelas y otro más tupido de estrechos callejones, a cuál más estrecho y a cuál más oscuro. Estuve deambulando por los más cercanos. Si mirabas arriba podías ver que en algunos sitios los grandes cristales que cerraban la bóveda habían sido sustituidos por planchas de metal, resultaba más barato. El techo de la bóveda parecía un gran crucigrama aún por hacer.

Paseaba y pensaba. Me hubiese gustado que ella hubiera conocido a Baltasar, pero eso nunca habría sucedido. Iba distraído en mis pensamientos cuando al salir de un callejón me encontré a la chica de la terminal,... o del club.

Esta vez sí hubo más éxito, gracias a Baltasar. Tras un momento de incertidumbre me preguntó:

—¿Muerde o hace algo parecido?

—Si quiere sí, pero a no ser que fuera jugando todavía no le he visto morder a nadie.

—¿Muerde para jugar?

—No tiene manos —le dije sonriendo.

Ella también sonrió y se agachó para tocarlo tímidamente, y después acariciarlo.

Terminamos hablando en cuclillas.

—Ayer más parecías molesta de verme que otra cosa. Tampoco es que esperase que te fueses a alegrar, pero...

—Te estoy agradecida por lo del otro día —me respondió con su dulce voz—, pero aquellos tíos trabajan para el dueño del club Kiutes.

—Entonces no pasa nada, conozco a Zoltán.

—Ese no, el verdadero dueño. Drod Kahn.

—Bueno, vale. ¿Y cuál es el problema?

—Que yo soy quien tiene que aguantarlos cuando vienen, y aquella tarde se pusieron más pesados que de costumbre. Suerte que estaba Henri Mathieu por allí.

—¿Quién es Henri Mathieu?

—El encargado del club. Él es el mandamás cuando no está Drod Kahn o Zoltán De Munn.

—Lo siento,... y cambiando de tema, ¿vives por aquí cerca?

—En aquel edificio de allí. —Señaló un edificio que hubiese hecho aullar a Sasha,

menudas pintas.

—¿Se ha caído muchas veces este año?

—¡Qué gracioso nos ha salido el niño! Ahí es donde vivo.

Niño. Ella sí era una niña, y me llamaba niño a mí. ¡Pues vale!

—¿Y con cuánta gente compartes el apartamento?

—Estoy sola, tan sólo hay una habitación. Una cama, un armario y una pequeña cocina. Estoy de paso —dijo muy digna, levantando la cabeza—, llevo poco tiempo aquí.

Baltasar estaba boca arriba dejando que le rascasen la barriga, ella miró su brazal y dijo que tenía que irse, que llegaba tarde.

Al levantarme me dolían las rodillas.

Al rato de haber vuelto a la habitación de Eldar llegó Sasha.

—¡Qué magnífico emético resultaría este hombre, cómo come!

—Pues te perdiste el desayuno y la comida... —dijo Eldar riéndose, y mirando hacia mí continuó hablando—. Por fin se fue el gordo a su apartamento a hacer sus casitas de muñecas.

Justo después llegaba Zoltán sonriendo y, después, al vernos a todos, riéndose.

—Me dice la casera que qué clase de gente les he traído, que estáis todo el día metidos en el cuarto y que este es un lugar decente... Que qué trapicheos os traéis... Salgamos de aquí. Os invito a lo que queráis en mi club... En horario del bueno.

—Estuvimos anoche en horario del bueno —le respondí.

—Bien, entonces ya lo conocéis, no hace falta que os invite... ¡No!, es coña... Que sí, que os invito.

Me puse de pie. Sasha y Eldar seguían sentados. Baltasar empezó a ladrar.

—Te lo compro —me dijo, y sin esperar respuesta se giró hacia la mesa y continuó hablando—. No tengo ni idea de lo que andáis tramando —les dijo—, pero seguro que lo que estéis haciendo aquí con esas pantallas lo podéis hacer allí... en un reservado o en un palco, incluso en la misma barra. ¿A quién le va a interesar?... Y no tendréis a la casera fisgoneando e intentando averiguar lo que andáis haciendo —dijo haciendo un gesto con la cabeza para señalar la puerta—. Esas son las peores espías, después se entera todo el mundo... ¿O son las mejores?

Eldar miró a Sasha y se levantaron. Enrollaron las dos pantallas y se las guardaron.

Quince minutos después estábamos entrando en el Kiutes.

Cinco minutos más tarde habían abierto un palco para nosotros; el palco privado de Zoltán.

Sasha parecía de mucho mejor humor, creo que era la limpieza del lugar. Baltasar también lo agradeció, podía mirar desde lo alto lo que hacía la gente; estaba distraído y suelto.

—Mientras estéis en Colorado mi palco es vuestro palco, a cualquier hora.

Sobre las once y media se pasó John Doyle por allí, había visto luz desde abajo.

—Ahí —dijo señalando por el balcón la planta baja— no puedo estar sin que me agobien, y solo, en un palco, me aburro.

—¡Pues pasa hombre —le respondió Zoltán a voz en grito—, no te prives! ¡Estupendo! ¡Cuantos más mejor!

Los abueletes hablaban y Doyle y yo veíamos los combates; Eldar echaba un ojo alguna que otra vez, «vaya petardos» decía siempre. Doyle no parecía muy entusiasmado, incluso bostezaba a veces. Sí, no eran muy buenos.

Mirando la gente que había en el local vi a la chica de la terminal, detrás de una barra que estaba casi debajo de nosotros, a la izquierda. Era la misma barra del día anterior.

—Oye Doyle —y señalando con la cabeza le pregunté—, ¿conoces a la chica que está sirviendo copas en esa barra?

—Ni me suena. Debe ser nueva. Pero no me hagas caso, casi no conozco a ninguno de los camareros de aquí.

Estuvimos hablando hasta bien pasadas las dos. Al principio, he de reconocer que sin mucho interés, de lucha, pero tras cansarnos de mirar lo que hacía la gente allí abajo y unirnos a los demás hablamos de todo un poco. Sasha terminó sacando el tema del ajedrez; «otro día echaremos una partida» me dijo Doyle, «estoy aprendiendo, nunca es tarde, ¿no crees?».

Baltasar se pasó casi todo el tiempo mirando desde un sillón que estaba pegado al balcón. Doyle, que estaba a su lado, algunas veces le daba palmadas en el culo, pero él pasaba, como si no se enterase; iba a lo suyo.

En el momento en que nos marchábamos apareció un tío buscando a Doyle.

—Es Carlos —nos dijo Doyle—. Mi amigo.

En realidad era más que un amigo, también era lo más parecido a un entrenador que Doyle tuvo.

—Carlos Gavidia de Cañas —corrigió el hombre presentándose cortésmente—. ¿Ya se acabó el cheral, John?

—Sí Carlos —respondió Doyle—. Ya nos vamos.

Parecía un viejo luchador. Tenía el mentón amplio y unos ojos que parecían siempre cerrados, varias cicatrices le cruzaban la cara y de pelo nada de nada, ni en las cejas. Su piel era oscura, del color de Marte. Debía rondar los sesenta años y seguro que había hecho algún combate de más. Tenía una sonrisa amplia y sincera.

III

Al día siguiente, más o menos, la misma rutina: salí a correr con Baltasar, desayunamos y nos pusimos a espiar al gordo, pero esta vez desde el palco de Zoltán.

Eldar, una vez más, sería la sombra de Laski durante la mañana.

En cuanto se fue hacia el apartamento del gordo Sasha revisó el palco por completo; mientras, yo lo miraba un poco extrañado.

—Es amigo de Eldar, no mío —me dijo sin inmutarse, con una sonrisa.

Por la tarde Sasha se convertía en la sombra de Laski y Eldar miraba las pantallas.

Así fue durante varios días: Sasha revisaba el palco todas las mañanas, después de haberse ido Eldar a vigilar al gordo; después se sentaba en la mesa y miraba las pantallas buscando quién sabe qué información. Eldar seguía al gordo. Por la tarde Sasha y Eldar cambiaban los puestos.

Y entretanto, Baltasar y yo nos aburríamos.

Así un día tras otro.

No entendía el porqué de un seguimiento tan intensivo. Las cámaras tenían sensores de movimiento, y los micrófonos también tenían sensores. Solamente se grababa si sucedía algo, lo cual era más bien poco y siempre algo sin interés.

Todos los días jugaba una partida de ajedrez, si no era por la mañana era por la tarde. A veces una por la mañana y otra por la tarde. Me estaba aburriendo de tanto ajedrez y de tan poco movimiento. Afortunadamente a última hora de la tarde empezaban a llegar los empleados del club, así que bajaba y me entretenía ayudándoles en algo, cualquier cosa.

Solía echarle una mano a la muchachita de la voz dulce; así ella terminaba pronto su trabajo y después nos sentábamos un rato a hablar hasta que abría el club. A Baltasar también le caía bien. Las veces que no le hacía caso le ladraba o le rascaba el pantalón con la pata, a continuación ella lo cogía en brazos y él se quedaba allí sin moverse. ¡Muy gracioso!

Todos tenemos nuestras amistades, ¿por qué iba a ser él distinto?

En ocasiones venía Doyle a entrenar por allí; entonces siempre iba acompañado por Carlos.

Incluso, a veces, entrenaba con ellos.

Carlos era viejo y se había vuelto lento, pero como te enganchase con un directo de derecha te podía tumbar fácilmente; en el suelo y en la lucha cuerpo a cuerpo era un auténtico tratado del tema, conocía infinidad de agarres, presas, luxaciones y estrangulaciones.

Doyle era una máquina, sencillamente una máquina; tremendamente explosivo. Sin ninguna duda era el mejor.

Cuando entrenaba con ellos por la tarde siempre veía a Eldar mirar desde el palco. Después bromeaba conmigo, «¿qué, le has ganado?», «por supuesto» le respondía siempre, aunque nunca lo logré.

Mientras Doyle entrenaba, a veces se entretenía en criticar a esos que aprenden artes marciales y dicen que lo hacen para no tener que luchar:

—¿Quién perdería el tiempo aprendiendo a hacer algo para luego no hacerlo? El que aprende a luchar lo hace para luchar... Lo demás son cuentos para niños.

Pero su verdadero tema de conversación era Colorado City, sus gentes y sus dirigentes. Recuerdo una mañana en la que tras un entrenamiento Doyle empezó a rajar, ese día parecía especialmente molesto por algo.

—Muchos han llegado hasta aquí huyendo de sus ciudades natales pensando que se harían ricos. ¡Todos ricos! —dijo con una sonrisa burlona—. Pero al darse cuenta de que siguen siendo la misma mierda que antes han tenido que buscar una excusa: no triunfan porque los demás no les quieren por no ser de aquí.

—¡Cómo si hubiera alguien que fuera de aquí! —dijo rápidamente Carlos.

—No son ellos, son los demás.

—Sí, la culpa no es de ellos —sentenció Carlos—, es de los demás que no quieren que triunfen.

—¿Quieres no repetir todo lo que digo?

Carlos se rió, después lo hizo Doyle.

Me quedé pensando en lo que había dicho, y pensando en cuál sería la razón por la que lo habría dicho. Al dejar mis pensamientos Doyle había cambiado de tema.

—Cuando nos independizamos de la metrópoli —continuaba hablando— todo el mundo pensaba que las cosas iban a cambiar; y sí, las cosas han cambiado, pero no como la gente pensaba que sería. En tiempos como ése, en aquella época, se podía soñar en que se harían las cosas de una manera justa...

—De una manera o de otra pero con justicia —dijo Carlos sin dejarle acabar.

—... Hoy la gente ha perdido su ingenuidad y lo que antes significaba esperanza, ahora es simplemente una tomadura de pelo.

Siguió durante un buen rato refunfuñando.

—No le hagas caso, hoy se ha levantado con los cables cruzados —me dijo Carlos, y mirando a Doyle continuó hablando—. Vayamos a comer. Conozco la mejor pupusería de Colorado —dijo volviendo a mirarme con su amplia sonrisa—. Una pupusa y una cemita y qué importa lo demás.

—¡Sí —dijo Doyle cogiendo del hombro a Carlos—, vayamos!

Pasaron los días y Doyle empezó a ir a entrenar a menudo por el club, venía con Carlos y un par de sparrings. Pronto iba a tener otro combate.

Aunque no le gustase a Sasha, Eldar y yo teníamos entradas VIP. «Baltasar no necesita entrada, él es realmente especial», me dijo Doyle.

Una tarde Doyle vino a última hora, yo estaba sentado hablando con la chica. Se sentó con nosotros.

—Hoy tocaba descanso, pero me aburría en casa —dijo como presentación.

Hablamos hasta que abrió el club. Ella se fue tras la barra, Doyle se fue quién sabe adónde y Baltasar y yo nos fuimos a buscar a Sasha y a Eldar al palco, era hora de cenar.

Parecía que Sasha le estaba cogiendo cariño a Daumen, o a su cocinero. Desayunábamos, comíamos y cenábamos allí. Sí, estaba bien la comida. A Sasha le gustaba la comida casera, y eso era lo que había allí. Incluso terminó disculpando el estado del edificio. Barriga llena, corazón contento.

Mientras Sasha y Eldar jugaban a los espías Baltasar y yo casi trabajábamos gratis para Zoltán y Drod Kahn; bueno, más bien yo. Además, nos dedicábamos a entrenar y a salir a correr con Doyle. Lo malo era que Doyle no era de los que se ponen a correr, cogen un ritmo y así hasta que acaban, no. Subía y bajaba el ritmo, hacía sprints... incluso le daba por correr de espaldas. Baltasar y yo siempre terminábamos reventados. Así que desde el primer día supimos por qué Carlos no iba nunca a correr; si se dejaba caer, cosa poco habitual, era yendo en bicicleta.

Como es sabido una cosa conduce a otra, y, en algún momento, debí decirle a Doyle por dónde vivía la chica; algo del tipo, «en ese edificio vive la muchacha de la voz dulce».

¡Bueno, sí!, nada de algo de ese tipo, exactamente eso fue lo que le dije.

Al poco, Doyle siempre terminaba, como el que no quiere la cosa, corriendo por allí. Eso, y pasándose todos los días, poco antes de abrir, por el club. Casualmente siempre nos encontraba hablando a la muchacha y a mí; él, casualmente, por supuesto, se unía al grupo.

Entonces, al llegar él, los ojos de la chica brillaban de una manera especial y su voz todavía parecía más dulce.

Viendo una nueva historia empezar, no podía dejar de pensar que yo era parte de una historia que ya dejó de existir.

Unas cosas acaban, otras cosas empiezan. Miles de millones de historias acaeciendo

al unísono; unas empezando a ser, otras dejando de existir. ¿Quién las recordará algún día?

Ella, ahora, estaba aún más presente; me acompañaba en mis pensamientos, me visitaba en mis sueños. Y al despertar el dolor era tan grande que mi mente no quería seguir viviendo, sólo mi corazón era capaz de luchar contra tanto dolor. Él me mantenía en pie, aunque se estuviese rompiendo en mil pedazos; aunque ya estuviese roto en mil pedazos. Ella me odiaría si mi corazón se dejase vencer.

Entonces iba y venía, de un lado para otro. Si estaba en un sitio era momento de ir a otro, y al llegar era momento de marchar. Un cuerpo inquieto, un cuerpo poseído por una mente sin sosiego ni consuelo. Sin tregua.

Como un león encerrado dentro de un hombre mi mente intentaba gobernar el cuerpo, y mi corazón trataba de resistir. Tal vez fuese una lucha perdida, pero yo nunca me he rendido. Nunca, ante nadie; ¿por qué lo habría de hacer ante ti?

Era un dolor tan fuerte como el primer día, pero a diferencia de entonces ya no era incesante.

Pero no sólo la echaba de menos. Sentía que estaba fallando, me marché de Brubekburg porque me prometí que llevaría sus cenizas a la Tierra y ahora volvía a estar en Marte. Después de meses de viaje por el sistema volvía a estar en Marte, seguía en Marte. Jugando a espías, viendo como otros intentaban conseguir lo que yo perdí y ya nunca volvería a tener.

Sí, algunas veces me sentía egoísta.

Otras veces incluso me hacían sentir feliz durante un instante, recordando lo que un día tuve, evocando cómo un tiempo me sentí.

Pero la tristeza no es heredad de uno solo, sino que nos visita a todos. Tarde o temprano, antes o después. A veces hay días en los que ni ver lo que deseas ver aleja los malos recuerdos; uno de esos días la muchacha nos contó como llegó hasta Colorado.

—Robé un deslizador y huí con él de allí. ¿Quién podría condenar a alguien por no ser capaz de soportar más dolor?

—Nadie —dijo Doyle.

«Nadie», pensé yo.

—Nadie —repitió Doyle.

Me marché y les dejé allí solos. Sentados.

«Hoy iré a cenar antes», pensé.

Acordándome de lo que un día dijo Doyle pensé en que, como ella, también había quienes habían llegado a Colorado City de lugares lejanos o cercanos, sólo con la intención de encontrar un lugar en el que poder vivir, donde el dolor quedase atrás. Algunos conseguían su sueño, otros no; pero, al menos, lo habían intentado. ¿Qué más se le puede pedir a

alguien?

Así pues, parecía que cada uno tenía sus propios problemas, afortunadamente en aquellos días Sasha y Eldar me tenían olvidado y sus problemas no eran mis problemas.

IV

Sospecho que mis complicaciones en Colorado City empezaron el día en el que salimos a correr con Doyle y, tras encontrarnos con la muchacha, terminamos dando una vuelta por la ciudad.

Deambulábamos por las calles mientras Doyle nos enseñaba la ciudad. Se veía de todo, desde letreros de neón flotantes o bases holográficas hasta malabaristas y actores callejeros,... como en cualquier otra ciudad, pero también se veían pantallas mostrando juicios en directo o revolucionarios y predicadores por la calle, subidos en cajas, sermoneando a los transeúntes...

Sí, aquella ciudad ya no era sólo una ciudad minera.

Se veía gente de vacaciones, de esos que tienen apartamentos individuales y que únicamente han visto minas en una base holográfica, en su salón; iban vestidos como nunca lo harían en su casa, e iban de un sitio a otro en rickshaws. También se veía gente que parecía estar allí por negocios, la ciudad era como un gran mercado de las oportunidades; estos iban bien vestidos y utilizaban los deslizadores.

La conocida flexibilidad de los que mandan resumida en la frase de Doyle «lo que para ti no es bueno sí lo es para ellos», a veces la cambiaba por la de «lo que es bueno para ellos no lo es para ti» o por cualquier otra variación de similar o igual significado.

Bueno, pues resulta que nos paramos, quién sabe por qué, junto a un predicador que estaba en una esquina. Hablaba sobre la maldad del hombre y el castigo que nos aguardaba a todos, absolutamente todos, en el infierno. Lo mismo que muchos telepredicadores de Brubekburg, pero a lo bestia.

¿Quién iba a pensar en ese momento que eso pudiese tener alguna influencia en los acontecimientos venideros?

La muchacha se acercó al hombre que había sobre la caja y le preguntó sovoz:

—¿Si Dios nos ha dado libertad para decidir lo que queremos hacer qué libertad tendríamos si por hacer unas cosas fuésemos premiados y por hacer otras fuésemos castigados? —El hombre escuchaba a la muchacha y conforme ella pronunciaba las palabras sus

ojos se iban haciendo más y más grandes, hasta que sus oscuros iris estuvieron totalmente rodeados de blanco—. ¿Se es realmente libre así?

—¡Blasfema! ¡Arderás en el infierno! —contestó mientras se ponía más rojo de lo que ya estaba y se le engrosaban las palpitantes venas de sus sienes y cuello—. ¡El diablo adopta formas caprichosas, habla con dulces palabras! —Y mirando a los que le rodeaban siguió vociferando, señalándola—: ¡Habla con palabras amables para confundiros!

—¿Quién dice lo que quiere Dios, quién puede saber lo que quiere Dios? —siguió preguntándole con su dulce voz—. ¿Hablas tú en nombre de Dios?

Viendo a aquella pequeña muchacha preguntar me parecía como si todas las mujeres pensasen en las mismas cosas, al menos las que yo conocía. En las palabras de la muchacha oía ecos de las de ella.

El predicador, furioso, levantó el brazo a la vez que cerraba el puño. Doyle se interpuso entre los dos, mirando al hombre amenazadoramente, pero sin decir nada.

El tipo no tenía alma de mártir; se bajó de su caja, la cogió y se fue refunfuñando, y en cuanto estuvo más lejos gritando estupideces.

—Me revienta toda esa gente que cree que sólo ellos conocen la verdad —siguió hablando rápidamente, como si dijese sus pensamientos en voz alta—; y si les dices algo que no les gusta, entonces, pecas contra Dios o atentas contra la democracia o eres un ser antisocial o un anarquista o un comunista o un capitalista o un loco o... cualquier otra cosa que se les ocurra. La cosa que ellos más odien o la cosa con la que esperen hacerte más daño.

—¿Quiénes crees que se salvarán? —le pregunto Doyle al empezarse a marchar la gente que se había congregado alrededor de aquel tipo.

—Todos. Hasta el más malo de los hombres se salvará —dijo convencida.

Continuamos andando por la ciudad. Sin decir nada.

Al rato ella siguió hablando. Debía haber estado pensando en todo aquello durante el paseo.

—No quiero el alma de otra persona en mis manos, ¿por qué tanta gente quiere decidir quiénes son dignos y quiénes no?

¡Qué importa lo que perduremos, nunca para siempre!
Tú lo sabes mejor que nadie.

Seguimos caminando por la ciudad, pero ahora Doyle parecía muy pensativo.

Y aquel resultó ser el día de las confesiones para Doyle: fue tras llegar al borde de la cúpula en la que nos encontrábamos; mirando el terreno polvoriento que había fuera, entre esa cúpula y la que había al lado, al otro lado.

—Me cansa toda esa gente que únicamente es capaz de pensar en una cosa: luchar, luchar, luchar... Todos quieren ser el número uno, pero no se dan cuenta de que sólo puede haber un número uno; todos los demás son perdedores. Y si eres el número uno siempre

tendrás a alguien detrás esperando un descuido para ocupar tu lugar. Es algo efímero, tanto sacrificio para encontrarte en el borde de un precipicio,... y después, ¿qué te queda?, ¿qué eres?

—Tal vez sea fácil decirlo siendo el número uno,... cuando se es lo que los demás quieren ser, cuando uno es lo que los demás solamente pueden soñar ser —le dije. Me salió sin pensarlo.

—Tal vez sí, pero cuando empecé luchaba para poder comer. Ha pasado mucho tiempo desde aquellos días, era mi única salida. Ahora ya no paso hambre y cada vez que entreno pienso en dejarlo, siempre pienso en que el próximo sea el último combate. Siempre el último, el próximo el último. El once de febrero podría ser el último. Ya no quiero esto, pero soy el número uno. —Tras una larga pausa sin decir nada continuó hablando, mirándola a ella—. Quiero tiempo para ser lo que quiera ser, para hacer lo que me apetezca ser, sin la presión de tener que ser el número uno. Sólo quiero ser yo y lo que yo quiera ser.

—Pues pierde el combate —le dije.

—¿Perder un combate? ¿Cómo voy a hacer eso? Si peleo es para hacerlo de verdad.

—Pues no entrenes.

Se quedó un rato pensando.

—No puedo. Las cosas o se hacen bien o no se hacen.

—Te entiendo —dijo ella—, pero no lo comprendo.

—Qué tío más difícil que eres —le respondí yo.

—¡Olvidadlo! No he dicho nada.

Esa misma tarde, mientras ayudaba a la chica, se pasó Drod Kahn por el club; era la primera vez que lo veía por allí. Llegó con los dos tontos de la terminal.

Era un hombre normal, ni joven ni viejo, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco,... El hombre promedio. Habrás visto muchos, te habrán descrito muchos.

Al verme por allí le preguntó a Henri Mathieu.

—¿Ese es nuevo?

—No, *monsieur*. Es uno de los amigos del señor De Munn.

—¿Y qué hace?

—Se aburre, *monsieur*.

—¿Cobra?

—No, *monsieur*.

—Entonces que se aburra tanto como quiera.

—Así se lo diré, *monsieur*.

Los dos tipos se quedaron mirándome; sonrieron y uno guiñó un ojo. Se marcharon escaleras arriba tras Drod Kahn.

Habíamos terminado, había venido Doyle y estábamos sentados en un reservado sin

hablar, entonces aparecieron los dos tontos de nuevo. No hacía ni una hora que habían subido con Drod Kahn. ¡Estupendo!, empezaba a sentirme algo incómodo. Desde hacía días me sentía como una dama de compañía.

El local tenía la mayor parte de las luces apagadas por lo que Doyle, que estaba en un rincón, casi ni se veía.

Se quedaron mirándonos fijamente, hablando entre ellos y riéndose. Me quedé mirando a los tipos.

—¡Vaya! Parece que les hemos gustado —le dije a la muchacha sin dejar de mirarlos.

Me levanté y fui hacia ellos.

—¿Qué, sois durillos de mollera?, parece que no os basta con que os expliquen las cosas una vez.

—Tendrás que explicárnoslo a nosotros... y a nuestros amigos. —El que habló hizo un gesto con la cabeza señalando hacia la puerta, donde ya estaban los tres gorilas de todas las noches.

Escuché un chirriante ruido a mi espalda y vi pasar junto a mí, por el suelo, una silla que acabó chocando con un ruido metálico contra la barra más cercana.

Antes de que llegase a girarme Doyle estaba delante de mí y había cogido a los dos tipos del cuello.

—Se... señor Doyle,... que honor. Yo soy su mayor admirador, su mayor admirador —decía uno mientras el otro, con los ojos desorbitados, trataba de asentir con la cabeza.

—¿Y vuestros amigos? Me gustaría conocerlos —respondió.

Los tres gorilas que había en la puerta se empezaron a reír. Uno preguntó, «¿necesita ayuda señor Doyle?». Doyle no hizo caso de la pregunta y lanzó a los dos imbéciles por los aires; casi sin llegar a tocar el suelo salieron corriendo hacia la puerta.

El último en salir recibió una colleja de uno de los porteros. Casi se cae de nuevo.

Doyle fue hacia la puerta y habló con los porteros. En el momento en que volvía al reservado apareció Drod Kahn y le pregunto:

—Hola John, ¿has visto a Cédric y Vincent?

—Si son los que siempre te acompañan, sí, los he visto. Deben estar esperándote fuera.

—¡Tontos, son tontos! Les dije que esperasen aquí... ¿Cómo estás para la pelea?, dice Carlos que estás mejor que nunca. —Le dio una palmada paternal en el hombro y le sonrió.

Estaba empezando a darse la vuelta pero Doyle se puso una vez más frente a él para seguir con la conversación.

—Tenemos que hablar.

—Cuando quieras John, pásate por casa cuando quieras.

—No, ahora. Es importante.

—Tengo prisa John, otro día hablamos de lo que quieras. Con calma, todo el rato que quieras.

Sonrió y empezó a caminar de nuevo en dirección a la puerta.

—Voy a dejarlo —dijo Doyle en voz alta—. Voy a dejar la lucha.

Drod Kahn se paró durante un instante pero no se giró, después continuó andando a la vez que hablaba.

—Eres el mejor, ¿qué otra cosa podrías hacer? —no dijo más hasta que casi llegó a la puerta—. Tras el combate tómate una semana de vacaciones para que hagas lo que acostumbres a hacer en vacaciones. —Después se marchó sin esperar respuesta.

Doyle volvió al reservado y seguimos haciendo lo mismo, nada. Parecía pensativo.

Los siguientes días continuaron con la misma rutina, pero conforme pasaban iba menos con Doyle y bajaba menos a menudo a ayudar a la muchacha. En vez de eso volví al viejo hábito de dar paseos, como en Brubekburg. Baltasar no protestó, creo que incluso le gustó la idea. Los paseos con Doyle eran mucho paseo, tanto para Baltasar como para mí.

Así fue como dos días antes del combate descubrí el resto de cosas que estaban pasando a mi alrededor. Desayunaba, comía y cenaba con Sasha y Eldar pero no me dijeron nada, y yo no me percaté de nada.

Dando uno de mis paseos vi a Sasha por la calle, pero no vi al gordo. Estaba siguiendo a una mujer, que, como mucha otra gente de las colonias, era albina. En realidad fue Baltasar quien vio a Sasha primero, yo lo vi después de que intentase salir corriendo, afortunadamente llevaba la correa; aun así, casi me descubren por culpa de sus ladridos.

Tanto fastidiar con seguir al gordo y ahora lo veía siguiendo a una mujer; resultaba extraño, muy extraño. Pero lo más extraño era que no me habían dicho nada. Si ellos no me decían nada tendría que hacer averiguaciones por mi cuenta, seguro que no me iban a decir nada si les preguntaba.

A la mañana siguiente seguí a Eldar para ver que hacía. También seguía a la mujer.

Yo, asimismo, también empecé a seguirla durante mis cada vez más frecuentes paseos. Averigüé dónde vivía; había tomado una habitación en un pequeño hotel llamado Lenoir, céntrico, pero en una callejuela. Averigüé que acostumbraba a ir por las noches a un local que había en una de las bóvedas del otro lado de la ciudad; allí algunas veces hablaba con un tipo, siempre el mismo, pero la mayoría de las veces parecía esperar sin hacer nada. También averigüé otras cosas: que siguiéndola no iba a averiguar mucho que pudiese ser de interés, y nada que no supiesen ya Sasha y Eldar, y que podía descubrir que la estaban siguiendo, como estuvo a punto de suceder una noche en la que me topé con Cédric y Vincent mientras iba detrás de ella.

Si quería hacer algo útil tendría que ponerme al día, y la mejor manera era enterándome de lo que sabían Sasha y Eldar.

Por la tarde me quedé con Eldar, jugando una partida de ajedrez, intentando aprovechar algún momento para hacerme con la información que habían recopilado.

—El otro día Doyle le dijo a su manager que quería dejar la lucha —le comenté a mitad de la partida.

—¿Dejar la lucha? ¿Doyle? ¿Por qué?

—Dice que está cansado, harto.

—No debió sentarle nada bien a Drod Kahn.

—Pues no te creas, no pareció preocuparse.

—Zoltán asegura que es un cabrón de mucho cuidado.

Eldar no pareció interesarse mucho en el tema así que rápidamente la conversación había cambiado de tema, varias veces.

A mitad de la partida aproveché que Eldar fue un momento al servicio para conectar físicamente mi brazal y descargarme la información que había cargada en la memoria de la pantalla. Después me hice el tonto, le dejé ganar la partida y me fui a dar una vuelta con Baltasar, como siempre, antes de que se mease en cualquier rincón del palco. Por desgracia para él nos fuimos directamente al Daumen, a revisar lo que había conseguido.

No fue mucho lo que pude conseguir, un vídeo de Laski y un archivo sobre la mujer que estaba en parte corrupto. Aun así, suficiente, esperaba. Me tumbé en la cama para leerlo. Baltasar, que no parecía demasiado contento, ladró un rato y, finalmente, se tumbó a mi lado.

Resultó que el archivo estaba bien jodido, se podían leer las primeras líneas pero nada más.

Se llamaba Catherine Omon. Alias, Catherine Guillot. Profesión, cazarrecompensas. Eficiencia, 97%. Equipo adicional, mercenario (no localizado todavía). Trabajo actual, capturar al capitán Dezhnev.

Según leí era la compradora del pedido que nos había hecho Laski. Debió organizar la compra para capturar al capitán. Era un encargo de alguien de San Petersburgo, la Tierra. ¿Quién?, ni idea, el archivo en ese punto ya resultaba ilegible.

Después de releer un par de veces lo que había conseguido di una pequeña vuelta con Baltasar y estuve pensando en ello, luego volví al club.

Antes de llegar a subir al palco donde estaba Eldar me encontré a la muchacha; estaba nerviosa, quería hablar conmigo al acabar de trabajar. Insistió tanto que no me pude negar.

Eldar estuvo todo el rato callado, incluso tras llegar Sasha. Sasha tampoco estaba hablador, ni siquiera durante la cena. Parecían de mal humor. Algo lógico, tener una cazarrecompensas pisándoles los talones no podía ser nada gracioso.

Al postre Sasha abrió la boca, y casi mejor que no lo hubiese hecho.

—Siempre me ha desabrido sobremanera la mendacidad en la gente —y, apartando el plato de comida que tenía delante, continuó hablando con una mueca de asco en la ca-

ra—, a tal punto que hasta la misma comida se me vuelve desabrida.

En vista de que esa noche no resultaban una compañía demasiado agradable me fui pronto a mi habitación. Allí estuve pensando y leyendo, haciendo tiempo hasta que fuese la hora de ir a ver a la muchacha. Me sentía inquieto y no tenía ganas de dormir.

Sobre las cinco de la mañana me fui de la habitación, aunque primero tuve que conseguir que Baltasar se quedase en ella sin hacer ruido; tras insistirle bastante logré que se quedase tumbado aunque, desgraciadamente, no dormido.

Como ella me había dicho nos vimos a la entrada del túnel de comunicación entre la bóveda donde estaba el Daumen y la cúpula en la que estaba el club Kiutes, por el lado de la cúpula. Seguía nerviosa, como la anterior vez que la vi o incluso más. Desde el mismo momento en el que nos encontramos ella se puso a hablar con rapidez, como si las palabras llevasen rato esperando, al otro lado de sus labios, a poder salir. Mientras hablaba paseamos —si es que a eso se le podía llamar pasear— bordeando la cúpula. La ciudad a esas horas estaba casi en penumbras.

—Esta mañana —me dijo—, estaba en el apartamento de John cuando llamó Drod Kahn para hablarle de la pelea de mañana... John le volvió a decir que pensaba dejarlo. Kahn pareció enfadarse mucho, empezó a gritar, le dijo que estaba estropeándole un negocio haciéndole perder el tiempo con esas tonterías... Al cabo de una hora Kahn estaba llamando a la puerta del apartamento. Como me dijo John, me escondí en la habitación. Sin saber por qué puse la grabadora en marcha. —La muchacha se tocó el brazal—. No me gustaba la situación, me estaba poniendo de los nervios. Kahn venía con aquellos dos tipos, y esta vez estaban armados. —Dejó de andar y me miró fijamente, su cuerpo temblaba—. Lo tengo todo grabado... Escucha.

Toqueteó nerviosamente su brazal y pude escuchar una conversación de muy mala calidad.

—Lo voy a dejar.

Parecía la voz de Doyle, pero no era nada clara.

—Me estas cansando y se me acaba la paciencia. Podrías ser el mejor luchador que haya habido en toda la historia, ¿pero crees que eso cambiaría algo? No eres nadie; menos que nadie,... tú me perteneces. Tú eres lo que yo quiero que seas.

—¿Qué insinúas? Yo he ganado todos los combates que he hecho.

—¿Y te crees que eso me importa? ¡Me importa una mierda! Tú haces lo que yo te diga que hagas, tú no dejas nada. Y si un día quiero que pierdas un combate, lo pierdes. Es simple, tanto como para que hasta tú lo entiendas.

Durante unos instantes no se escuchó nada, «se están marchando» me dijo. Después continuó la conversación, esto último se escuchaba mucho mejor.

—Y para que nunca más lo olvides,... mañana pierdes, ¿entiendes?

Después se escuchaba un portazo y no se oía nada más, se había acabado la conversa-

ción y la grabación.

Ella continuó hablando.

—John me ha dicho que no me preocupe, que tiene una idea. Tiene que ver con algo que tú dijiste el otro día.

—Tranquila, relájate. Seguro que se nos ocurre algo. —Lo dije en serio pero con el sentimiento de estarle mintiendo—. Además, no va a pasar nada.

Me quedé con ella en el borde de la cúpula. Miraba a su través, esperando a que se calmase un poco. Allí fuera, entre todos los minúsculos puntos que centelleaban sobre el negro de la noche resplandecía especialmente uno, la Tierra.

—La noche nos contempla —musito.

—¿A ti también te gustan las estrellas?

—¿Qué quieres decir con a ti también?

Señalé con el dedo, con el brazo completamente extendido, la Tierra.

—Conocí a alguien a quien le gustaba con pasión, pero parece que hayan pasado siglos desde entonces.

—¿Por eso a veces se te ve tan triste?

No contesté.

El día siguiente amaneció igual para Sasha y Eldar, el desayuno resultó sombrío. Pensé en que tenía que ayudarles de alguna manera, aunque no se me ocurría cómo. También debía ayudar a la muchacha, o más bien a Doyle, era un amigo. Tampoco se me ocurría cómo.

Ya tenía algo que hacer, dos cosas que hacer. Dos cosas que tal vez alejaran los lúgubres pensamientos de mi mente. Las mentes ociosas..., algo había leído sobre ello.

¿Qué pasa con las mentes ociosas? ¿Acaso tú lo sabes?

Hasta que se me ocurriese algo no tenía nada que hacer, tan sólo pensar hasta encontrar alguna solución. Primero Doyle, quedaban pocas horas, después la cazarrecompensas.

Como siempre Baltasar y yo nos quedamos con Sasha. Extrañamente no estaba muy hablador, imaginé que estaría discurriendo alguna manera de librarse de la tipa. Para mí mejor, pensé, podría concentrarme en lo mío sin interrupciones. Así lo hice, y en el momento que quise darme cuenta era casi la hora de comer. Había echado la mañana sin sacar nada en claro.

En vista de mi nulo éxito, se me pasó por la cabeza que podía ir a ver a Carlos, si es que no estaba con Doyle, cosa muy probable siendo el día del combate. No es que pensara que él fuese a tener una gran idea, pero como sabía más del tema que yo, tal vez, podría decir alguna cosa que hiciese que se me ocurriera algo.

Lo llamé. No estaba con Doyle.

Me dijo que Doyle había salido con la muchacha.

Quedamos en reunirnos en el Galerón de Ernesto, una pupusería situada en la bóveda

en la que Carlos tenía su apartamento; habíamos ido allí en alguna ocasión así que no tuvo que indicarme las señas.

Fuimos en dos deslizadores; el primero nos dejó en el centro, cerca del edificio de cristales negros del gordo. Casualmente lo vi, pero no vi a Eldar por ninguna parte. Estaría siguiendo a la tipa. El segundo nos llevó a la bóveda donde vivía Carlos.

Cuando llegamos Carlos ya había pedido y había empezado a comer.

—Tenía hambre. Siento no haber esperado —me dijo.

—Tranquilo, bien pronto nos pondremos al día. —Sobre todo Baltasar, que ya estaba comiéndose lo que le había ofrecido Carlos.

Durante la comida le conté lo que había sucedido en el apartamento de Doyle, entre él y Drod Kahn. Se quedó con cara extrañada, como la de alguien al que le explicasen la teoría de fuerzas un sábado noche.

—Todos los días ha entrenado como siempre. Está mejor que nunca.

Se metió un trozo de Carne en la boca, masticó lentamente y al rato continuó hablando.

—Bueno, hoy se ha ido con la chica. Pero nada más... —Bebió un trago largo y pude ver como su nuez subía y bajaba, como si la mitad de lo que había comido hasta entonces estuviese esperando ese momento para iniciar su recorrido—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, claro. Hoy se ha ido con la chica.

—Eso.

Sí, podría irse con ella a otro lugar... pero no era su estilo.

Después de ver a Carlos, Baltasar y yo volvimos al club Kiutes sin que hubiese resuelto nada y sin, al menos, tener alguna nueva idea.

Entramos en el palco, Sasha se había marchado. Eldar levantó ligeramente la mirada de la pantalla y, tras verme fugazmente, siguió mirándola.

Baltasar husmeó por el palco poco más tiempo del que necesité yo para sentarme y después desapareció por la puerta. Al rato lo vi fugazmente entre las mesas de la parte de abajo.

Pasaban las horas, se acababa el tiempo, y nada de nada. No se me ocurría nada.

—Eldar, Drod Kahn le ha dicho a Doyle que quiere que pierda el combate.

—¿Sí? —dijo Eldar sin levantar la vista. Tras un largo silencio continuó hablando—. Anda, sigue. Cuéntame algo más de eso.

Le conté todo lo que sabía: lo que ya le había contado de la conversación que tuvieron Doyle y Drod Kahn abajo en el club, lo de la grabación de la muchacha y que ahora estaba con la muchacha quién sabe dónde... En fin, todo lo que sabía, que resultaba ser bien poco.

Francamente, me pareció que no escuchó nada de lo que le conté.

«¡Qué cabrón! ¡Menudo gilipollas!», pensé.

Me marché de allí. Algo se me ocurriría, aunque fuese a última hora; siempre me las había arreglado bien solo.

¿Qué hacer? No podía simplemente amenazar a Drod Kahn, ¿eso de qué serviría? Y por otro lado, Doyle no estaría dispuesto a perder el combate; pero, ¿qué pasaría si lo ganaba?

Tuve esas preguntas dándome vueltas toda la tarde.

Eran más de las nueve. Como no me quedaba ninguna otra opción decidí que esperaría a ver que pasaba después de que Doyle ganase el combate.

Me fui con Baltasar andando hasta el Samuel Jones, el gran estadio de Colorado. Estaba casi en el centro de la enorme cúpula principal. Al llegar vi que todavía quedaba algún rezagado en las puertas de entrada, debían de estar interesados sólo en el combate de Doyle contra Tiefenbrunner.

Tiefenbrunner era muy bueno, pero desgraciadamente para él, no estaba a la altura de John Doyle y las apuestas no dejaban duda al respecto; únicamente un loco apostaría contra Doyle.

Entré al estadio cerca de las diez de la noche, me dirigí hacia los vestuarios; allí se encontraba Doyle con Carlos, calentando. El próximo sería su combate, el último de la velada.

También estaba la muchacha, sentada, con cara de preocupación.

Al que no vi fue a Drod Kahn.

Me senté al lado de la muchacha. Ella me miró sin decir nada, yo le sonreí.

—Seguro que todo sale bien —le dije.

Al poco avisaron de que había acabado el combate precedente.

Después entró Drod Kahn con los dos lelos que le acompañaban siempre. Los lelos se quedaron junto a la puerta y no dijeron nada.

Doyle se acercó a la muchacha y le dio un beso, después, sonriendo, se acercó a mí y me dijo al oído:

—Tú me diste la idea.

Le dio una palmada a Baltasar y después se marchó hacia la puerta; al llegar junto a ella Doyle y Drod Kahn se miraron a los ojos pero no se dijeron nada. Carlos miró a Drod Kahn y a los dos lelos y siguió a Doyle que ya salía por la puerta.

El combate fue algo para olvidar, aunque, sin duda, el que lo viese nunca lo olvidará.

Desde el principio del primer asalto hasta el final del combate Doyle estuvo intentando esquivar los golpes de Tiefenbrunner, se cubría y se zafaba de sus técnicas, pero no dio ni un solo golpe ni intentó ninguna técnica con él. Durante todo el combate, de principio a

fin.

Por muy bueno que pueda ser uno no se puede hacer eso y esperar acabar el combate como si nada.

Al principio la gente estaba callada, como yo; todo el estadio en silencio, sin creerse lo que estaban viendo. Después vinieron los abucheos y, más tarde, el lanzamiento de objetos al ring.

Esa noche hubo disturbios en Colorado City.

Tiefenbrunner no era tan bueno como Doyle pero ni mucho menos era un paquete. Al principio, al ver que Doyle no devolvía los golpes, receló, pero tras empezar los abucheos no dudó. Doyle acabó con toda la cara hinchada y ensangrentada, pero Tiefenbrunner no consiguió noquearlo.

Doyle perdió el combate a los puntos, con cero puntos en su haber.

Yo le había dicho que perdiese un combate, pero nunca pensé en eso.

Como él dijo, las cosas se hacen bien o no se hacen. Nunca vi a nadie perder un combate tan bien.

Tuvieron que sacar a Doyle de allí arriba con protección. ¡Menuda se había montado! La gente arrancaba los asientos del suelo y los lanzaban desde todas partes. Bastaba mirar hacia arriba para poder ver llover en Marte, asientos.

Agarré a Baltasar y lo metí debajo de mi chaqueta, el pobre estaba temblando de miedo. Al llegar a los vestuarios, en la puerta, me tropecé con dos tipos que salían de él.

—Aquí ya no queda nadie —dijo uno.

—Han salido todos por patas —gritó el otro, corriendo por el pasillo hacia las puertas traseras.

Entré. Allí no quedaba nadie, las ropas de Doyle, los armarios y todo lo que allí había estaba por el suelo, roto. Varias de las luces que colgaban del techo también estaban rotas, dejando zonas del vestuario a oscuras. Una de las lámparas que no habían conseguido romper se columpiaba de un lado a otro, dando grandes círculos e iluminando fugazmente alguna de las zonas a oscuras. En un rincón, al pasar por allí la luz de la lámpara, pude ver a la muchacha.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Escuché mucho jaleo en el pasillo y salí a ver. —Se acercó a mí y se agarró a mis brazos con fuerza—. John, Carlos y Kahn y sus esbirros iban escoltados camino de la salida trasera mientras una muchedumbre los seguía gritando. No llegaron a entrar aquí. —Baltasar sacó la cabeza tímidamente y le lamió la mano, ella lo cogió en brazos y empezó a acariciarlo sin dejar de hablar, mirándome a los ojos—. Intenté seguirlos pero no pude, había demasiada gente. Lo empezaron a romper todo.

La tranquilicé y la llevé a su casa. Baltasar se quedó con ella y yo fui a buscar a Doyle y a Carlos.

El primer sitio al que se me ocurrió ir fue al club Kiutes, era lo que estaba más cerca o lo único que se me ocurría, no sé. Por otro lado, bien podría ser que hubiesen ido con Drod Kahn, ella les vio salir juntos. En cualquier caso, esa era la combinación que menos me gustaba, Doyle y Drod Kahn juntos; aunque Doyle hubiese perdido, o porque Doyle había perdido como había perdido.

Llegué y entré sin problemas, para los porteros ya era como de la familia. Aunque, eso sí, a todos se les fue la vista debajo de mi brazo, parece que echaban de menos a otro más de la familia. Le pregunté a uno por Doyle.

—Sí, hace un rato que vino con ese que siempre va con él y con el señor Kahn.

Al ir a dejarle me cogió del brazo y continuó hablando, como el que cuenta una hazaña.

—Ahora que lo pienso, resulta curioso, el señor Kahn entró con Cédric y Vincent... —Al ver mi cara de «no sé de quién me hablas» me lo aclaró—. Sí, los dos tontos, sus guardaespaldas. —Puse una sonrisa de «ahora sí que me he enterado» y continuó—. Bueno, pues lo curioso es que al salir hará unos diez minutos, no me fijé bien, pero juraría que iba sin ellos.

Le sonreí y me fui directo a la planta alta, hacia los despachos. Allí no vi a nadie.

Bajé a la planta baja y pregunté en la primera barra que encontré por Henri Mathieu, el encargado. Estaba en el almacén, me dijeron.

Antes de que llegase a la puerta del almacén apareció Henri por ella. Estaba con la cara descompuesta y se le veía muy alterado.

Al verme se acercó a mí casi corriendo, y cogiéndome del brazo me susurró en el oído.

—Ha sucedido algo terrible *monsieur*.

—Te he dicho que no me llames *mesié*. ¿Qué es eso tan terrible? ¿Se acabaron los refrescos?

Sí, una contestación un poco fuera de lugar, pero es que no me gusta que me llamen señor, ni aunque sea en francés. Se lo había dicho infinidad de veces.

—Venga *monsieur*. —Y el *«monsieur»* esta vez sonó con un deje de saña—. Venga y lo verá usted mismo.

Entré con él en el almacén y tras mirar a uno y otro lado terminé por ver lo que quería mostrarme Henri, unos bultos en el suelo, entre cajas caídas, en la parte del fondo. Al acercarme reconocí a los dos guardaespaldas de Drod Kahn, muertos; junto a ellos había un arma y al lado, casi tapado por unas cajas, a medio camino de la luz y las profundas sombras del almacén, estaba Carlos sosteniendo entre sus brazos el cuerpo de Doyle. Parecía que tenía más golpes de los que llevaba al bajarse del ring, pero tal y como bajó del ring quién podría haberlo jurado. El que ahora sí tenía golpes, y no tenía al acabar el combate, era Carlos. Sangraba por varios sitios: de la ceja derecha salía un hilo de sangre que bajaba ondulante hasta unirse a la sangre reseca que había alrededor de su nariz y su boca;

el labio inferior parecía tener un corte que, si no hubiese sido por la sangre, hubiera dejado ver más de un diente.

Se balanceaba lentamente, ocultando y mostrando el brillo de la sangre en su cara.

Le pregunté que había pasado, pero Carlos no contestó, sólo sostenía a Doyle entre sus brazos y lo balanceaba lentamente, casi de manera imperceptible. Su cara era una extraña mezcla de rabia y pena. Al agacharme y acercarme a él lo oí hablar entre dientes, repitiendo una y otra vez las mismas palabras, «siempre a tu manera. ¿Por qué tenías que ser diferente?».

Me giré hacia Henri y antes de que le pudiese preguntar algo estaba hablando y moviendo desmesuradamente los brazos, como siempre hacía.

—Al ver a *monsieur* Doyle quise preguntarle por el combate, venía con la cara como nunca se la había visto, pero esos —dijo mirando a los dos del suelo— me empujaron, iban armados. Entraron todos aquí con *monsieur* Kahn. Yo, desde luego, no entré. *Monsieur* Kahn antes de entrar iba diciendo algo sobre que a él nadie lo dejaba en ridículo. Con todo el ruido que hay ahí fuera no conseguí oír nada de lo que pasaba, hasta que se oyó un gran estruendo de cajas. A los pocos segundos salió *monsieur* Kahn corriendo, casi me da con la puerta al salir. —Se quedó pensativo un instante, como si estuviese intentando recordar algo importante—. ¡Parece que han matado a *monsieur* Doyle por haber perdido el combate!

—Sí, algo así —respondí lacónicamente.

Tenía que pensar algo, pero lo primero era asegurarse de que Doyle estuviese muerto, no fuese a ser que nos pasásemos de listos... Que no será la primera vez... Lo examiné. No cabía duda, estaba muerto, tenía un disparo detrás de la oreja izquierda. Eso, además, descartaba la posibilidad de decir que Doyle había matado a los dos tipos.

Seguía pensando.

No sabía por qué Henri podía querer ayudar a Carlos, pero, realmente, qué importaba eso. Quería y eso bastaba.

—¿Qué podemos hacer *monsieur*?

—¿Quién más lo sabe?

—¿Aparte de *monsieur* Kahn, de *monsieur* Gavidia... —Debí poner otra mirada de «¿quién dices?»—. *Monsieur* Carlos Gavidia —dijo mirando hacia Carlos—, ¿y de usted?

—Sí, Henri. Y aparte de ti también.

—Nadie más *monsieur*.

—Entonces, de momento, que no entre nadie al almacén. Esperaremos a que el local esté cerrado y a ver que se nos ocurre. Que siga todo como si no hubiese pasado nada.

Mientras esperábamos fui a ver como se encontraba Carlos. Su cuerpo no tenía nada grave.

Sí, supongo que yo le di la idea.

Pensé que a lo mejor podían estar Sasha y Eldar en el club, pero no estaban.

Yo le dije que perdiera un combate.

Tal vez hubiesen ido a ver el combate y luego se hubiesen marchado a la hospedería, no los veía desde la tarde.

Pero quién iba a pensar en que se le ocurriría perder de la manera en que lo hizo.

Intenté comunicarme con ellos mediante los brazales, pero no lo conseguí.

Menuda idea tuvo.

Me senté encima de una caja, frente a Carlos y el cuerpo de Doyle, crucé las piernas sobre la caja y apoyé la espalda y la cabeza contra la pared. Allí me quedé esperando, pensando.

No, esto era algo que podía resolver solo.

Estaba con las manos en los bolsillos de la chaqueta, mi mano izquierda tocaba la pequeña cajita que había en el bolsillo interior.

No se me ocurría como decírselo a la muchacha.

Finalmente, cuando creí no estar pensando en nada, se me ocurrió una idea para deshacernos de los dos fiambres de Drod Kahn.

V

Esa noche el club cerró temprano. Había disturbios en la ciudad y las autoridades obligaron a cerrar todos los locales con la esperanza de que la gente se terminase yendo a dormir. En vez de eso, todo el mundo se vio en la calle y, según me dijeron, muchos se unieron a los disturbios; algo había que hacer, era sábado y la gente no tenía ganas de irse a casa.

Por fin, tras irse todo el personal del club después de adecentarlo un poco, nos quedamos Henri, Carlos y yo. Aparte de los muertos, claro.

Para entonces a Carlos le habían empezado a salir algunos cardenales: alrededor de los cortes de la cara y en los brazos. Supongo que tendría algunos más en el resto del cuerpo. También, para entonces, Carlos ya reaccionaba; aun así, no le pregunté nada.

Lo primero que hice fue llevarlo al apartamento de la muchacha. Con él me llevé el botiquín del club, para que pudiera curarse las heridas cuando estuviese de humor. Yo lo había intentado en el club y no me dejó, incluso pareció molestarse. Y para que se quedase allí le dije que debía cuidar de ella, por si aparecía Kahn; así, tal vez, no hiciese ninguna tontería. También le dije que no la dejase ir a ninguna parte, no tenía ganas de tener que salir a buscarla quién sabe adónde.

Sí, también lo llevé pensando en no tener que explicarle a la muchacha lo que le había sucedido a Doyle; supuse que preguntaría por él y que Carlos se lo contaría.

Cuando me marché del apartamento de la muchacha se escuchaba jaleo por el centro de la bóveda, por la zona de la avenida principal. Fui dando un rodeo por las callejuelas, con la cabeza agachada, hasta el túnel de comunicación. Cada vez que pasaba por alguna calle por la que había pasado la muchedumbre se veían infinidad de cosas rotas: escaparates, farolas, cámaras de vigilancia, cabinas, ascensores,...

En el túnel de comunicación, en algo tenía que acompañar la suerte, había un rickshaw volcado. Lo volví a poner de pie, lo pirateé (no quería que quedase registro del recorrido ni de los tiempos que duraban las paradas) y me fui con él, pensé que me sería muy útil.

Montado en el rickshaw llegué rápidamente al club. Lo dejé al final del callejón, oculto entre las sombras.

Henri me esperaba ansioso. Aunque a primera vista aparentaba estar quieto, su largo y ralo flequillo se movía arriba y abajo frente a mis ojos. Las manos le temblaban y todo su cuerpo parecía sujeto a algún tipo de vibración. Miedo.

Levanté mis manos y las miré. También vi temblor en ellas.

Tras un rato pensando nos dimos cuenta de que no se nos ocurría nada inteligente que hacer con el cuerpo de Doyle, así que decidimos llevarlo temporalmente, junto con el arma, al despacho de Drod Kahn. En el caso de que alguien lo encontrase que se las averiguase Kahn, era su despacho y era su muerto.

En el despacho rebusqué por la mesa en busca de una tarjeta de visita. Hubo suerte, encontré una perdida en el fondo de un cajón. Tuve cuidado de cogerla siempre por los cantos. La enchufé en la consola de su mesa y grabé un mensaje.

Limpié todo lo que podía haber tocado durante mi búsqueda, cogí un abrigo que había en un perchero junto, salimos y cerramos la puerta del despacho. También cogí una caja de herramientas que había en el club; después de tantas tardes perdidas allí no me hizo falta preguntarle a Henri por ella, la había cogido en más de una ocasión.

Sacamos a los dos fiambres y los subimos en el rickshaw.

—¿Henri sabes dónde está el hotel Lenoir? —le pregunté estando aún con las cabezas metidas dentro del rickshaw.

—Sin duda alguna *monsieur*.

—Pues vete para allá y espérame. Llegaré lo antes posible. —Mientras le decía eso pensaba en que tendría suerte, mucha suerte, si conseguía llegar hasta el centro de la ciudad con esos dos. Lo mismo debió pensar él porque no se movió y me miró con cara de incertidumbre—. Vete al hotel Lenoir y espérame allí. ¡Vamos!

¿Qué puedo decir? Costó pero lo conseguí, llegué a la trasera del hotel Lenoir con los dos fiambres.

Unas veces fui por pequeñas callejuelas, otras veces fui por las grandes avenidas por las que ya había pasado la muchedumbre, no quedaban cámaras de vigilancia que funcionasen. Aun así, por si acaso, siempre conducía con la cabeza agachada y con las solapas del abrigo subidas. Al poco rato había empezado a sudar.

Siempre huyendo del clamor de los disturbios. Donde hubiese concentraciones de gente allí estarían los antidisturbios y la policía.

Di un buen rodeo, pero en poco más de una hora conseguí llegar.

Casi me costó más dar con Henri, no respondía a su brazal. Estaba aguardando en un oscuro callejón que estaba prácticamente frente a la entrada principal del hotel.

—Toma. —Le di la tarjeta que había cogido del despacho de Drod Kahn—. Ve al ho-

tel y pregunta por la señora Catherine Guillot, tienes un recado urgente de tu jefe, el señor Drod Kahn. ¿Vale?

Henri asintió enérgicamente con la cabeza.

—La cuestión es sacarla de su habitación para que pueda dejarle ese par de regalitos que tú sabes. Simplemente le entregas la tarjeta y si te pregunta le dices que no sabes nada, que tu jefe, el señor Drod Kahn, te ha dicho que se la entregaras y esperases la respuesta; si no me equivoco te dirá que la lleves a ver a Kahn. En tal caso te la llevas al club y allí te haces el tonto... Nombra a Kahn tanto como puedas, para que te oigan los del hotel, pero ten cuidado de no pasarte.

—¿Y cómo sabrá usted cuál es su habitación?

—Cuando salgas con ella haces como que te rascas la cabeza y me indicas, dígito a dígito, el número de la habitación. Estaré allí abajo, así que ponte a su izquierda. ¿Vale?

—Así lo haré *monsieur*.

—Más posibilidades: si no la llaman insiste en que tienes que entregarle la tarjeta en mano, órdenes de tu jefe, que es urgente,... lo que se te ocurra; y después la misma historia de antes. En el caso de que te digan que no está fíjate en la casilla de qué habitación dejan la tarjeta. ¿Alguna duda?

—*Monsieur*, ¿y si me dicen que suba a su habitación?

—¿Henri, en qué hotel te dejarían subir a una habitación a estas horas? Y deja ya lo de *mesié*.

—En ninguno... *monsieur*. —«*Monsieur*» lo dijo muy bajo—. *Monsieur*, es la costumbre, me siento extraño.

—¿Alguna otra cosa?

Henri negó con la cabeza y se fue muy tieso hacia el hotel.

Cruzó la callejuela sin prisa, siguiendo la pequeña diagonal que unía el callejón con la entrada del hotel. Al llegar a la entrada las hojas de la puerta giratoria empezaron a moverse lentamente, siguiendo la cadencia de su andar. Durante un momento lo vi hablar con alguien.

Media hora más tarde estaba de vuelta.

—¿Qué, cómo ha ido la cosa?

—Muy bien *monsieur* —dijo Henri, muy orgulloso, sonriendo de oreja a oreja—. Madame Guillot se aloja en la habitación 312. No está en este momento, salió al poco de enterarse de que había disturbios.

Supongo que una noche de disturbios es buena para hacer muchas cosas. Sobre todo si eres cazarrecompensas.

El rickshaw había estado fuera de nuestra vista un buen rato por lo que nos fuimos a la trasera del hotel con mucha precaución, mirando a todas partes: nada salvo el rickshaw, seguía ahí con su cargamento.

Saqué dos pares de guantes de la caja de herramientas y le di uno a Henri. No eran muy cómodos para el trabajo que tenía que hacer pero mejor eso que la alternativa.

Después subí por la escalera de emergencia y abrí la puerta de la tercera planta sin que quedase registrada su apertura en el sistema, a continuación hice lo mismo con la de la habitación 312. Entré y me quité la chaqueta y la tiré en el suelo del armario.

Dejé un destornillador en el suelo para que no se cerrase la puerta de la habitación.

Volví a la escalera de emergencia y le hice señas a Henri para que subiera.

Al subir, en dos ocasiones, dio un traspié y estuvo a punto de caerse. Llegó al tercer piso temblando y sudando, el flequillo se le había quedado pegado a la frente.

—Quédate vigilando en la puerta, por si aparece alguien por el pasillo. Pero ten cuidado de que no se cierre, es muy importante: que no se cierre la puerta.

—Que no se cierre la puerta —repitió balbuciendo.

Bajé, sin hacer ruido, todo lo deprisa que pude, me eché uno de los tipos al hombro y otra vez para arriba, me paré en el rellano del tercer piso, entré en el pasillo, fui hasta la 312 y me metí con el fiambre, lo tiré junto a la cama y lo empujé debajo de ella.

Salí de la habitación e hice la misma operación con el otro fiambre.

Cerré la puerta de la habitación, cerré la puerta de la escalera de emergencia y bajamos.

—¿Qué hacemos con el rickshaw? —me preguntó Henri a mitad de escaleras.

—Me lo llevaré lejos de aquí.

Si me pillaban sólo podrían denunciarme por robar un rickshaw.

Estando abajo le describí a Henri como era la tipa y le expliqué el resto del plan a la vez que trasteaba una caja de servicio del hotel que quedaba debajo de la escalera de emergencia.

—Cuando llegue esa tipa esperas diez minutos y vienes a esta caja y con este cable... —le di un cable de conexión estándar que había en la caja de herramientas— te conectas a este puerto... —le señalé uno de los puertos del final de una de las tarjetas, en la caja de servicio del hotel— y llamas a la policía. No te olvides de usar guantes y de llevarte el cable tras la llamada. Bueno, les dices que te hospedas en el hotel Lenoir y que has oído una gran pelea en la habitación 312. ¿Vale? Diez minutos, no más. ¿Eh?

—Sí totalmen...

—Yo no tardaría más de cinco minutos —dijo alguien con voz grave detrás de nosotros.

Me eché a un lado y me giré rápidamente. No vi a nadie.

El callejón estaba oscuro, pero no tanto como para no ver el bulto de una persona.

Algo bailaba en mi cabeza, esa voz... Conocía esa voz. ¡Claro que conocía esa voz!

—¡Me cago en la leche! ¡Joooder! No te parto la cara porque..., no se por qué no te la parto. ¡Sal de donde estés, Eldar!

La forma de una cabeza saliendo del rickshaw se dibujó en la negrura del callejón. Se empezó a reír.

—No sabes cuánto me has alegrado la noche... espero... ¿Henri, pero qué haces en el suelo?

—Bus... busco el cable... *monsieur*.

—Dame el cable Henri, será mejor que me quede yo —dijo Eldar—, y márchate a casa. Te mereces un descanso.

Henri me miró, como pidiéndome permiso.

—No me mires, vete cuando quieras; tú eres dueño de ti mismo. —No sé, ¿qué decirle sino?, me pilló en treinta y tres.

—Me imagino parte de la historia —empezó a decirme Eldar—. Sé quiénes son los tipos que has dejado arriba, estuve bicheando al segundo mientras subías al otro. Sé quién se hospeda aquí. Sabemos que viste a Sasha siguiéndola y sabemos que ayer por la tarde te conectaste a nuestra pantalla cuando fui al servicio y te descargaste información sobre ella (que el gordo no proteja su sistema no quiere decir que nosotros no lo hagamos)... Pero, aun así, tienes muchas explicaciones que dar.

Metí mis manos en los bolsillos de la chaqueta, y, al sentir tu funesta sombra, tuve una certeza.

En aquel momento, en aquel delicado momento, un instante que no llegó a formar parte del tiempo, me di cuenta de que realmente nada me importaba, nada excepto, otra vez, poder volver a estar con ella y sentir esa sensación de felicidad plena que siempre sentía cuando junto a ella me encontraba.

Deseaba volver a sentir que mi vida sí tenía sentido, sentir que mi corazón no quería esperar cuando yo la esperaba, sentir que cuando ella estaba a mi lado el mundo justo ahí se acababa; porque sólo cuando estaba junto a ella mi vida tenía sentido.

Pasar horas sin hacer nada, junto a ella, con ella, eso era la felicidad. Y si ella me mirara... si suavemente nuestras manos, sin querer se rozaran... eso solo, sería el cielo. Y es que sólo ella, por siempre será para mí, mi felicidad y mi cielo.

Pero, ahora, cuando su cara, mas no su recuerdo, cuando sus pensamientos, pero nunca su presencia, se perdían ya en mi memoria, tan sólo podía recordar, soñar con aquella felicidad.

Días de auténtica felicidad... días para los que sólo quedaba soñar, recordar,... triste soledad; así había transmutado mi vida.

Tocaba la cajita que mi alma dejó incompleta.

Empezaba a estar un poco harto y cansado. Mi viaje estaba en sus manos, o eso creía, pero empezaba a sentirme como un lameculos.

—No puedo perder el tiempo, Eldar. De veras lo siento, eres mi amigo... pero ahora no es un buen momento. —Le dije eso sin siquiera tener ganas de decírselo.

Desconecté el brazal al coger la caja de herramientas, me subí en el rickshaw y me marché sin dirección, con la sensación de que Eldar no dejaba de mirarme; sin importarme lo que pensara.

Me marché dejando a Eldar allí, sin saber si haría lo que tenía que hacer. Sin saber si haría la llamada. Ya nada importaba. Pero, en realidad, nada importaba desde hacía meses.

Pedaleando sin rumbo se me pasó por la cabeza una idea. ¿Por qué me ocultaba detrás de Carlos?

¡Sí!, lo había decidido; sería yo quien le diría a la muchacha que Doyle había muerto. Si Carlos todavía no le había dicho nada se lo diría yo, y si ya se lo había dicho, yo se lo volvería a decir.

Esa muchacha y yo ahora teníamos algo más en común. O, al menos, ahora teníamos algo en común.

Dejé el rickshaw en el mismo sitio que lo encontré, en el túnel de acceso a la bóveda.

Me llevé la caja de herramientas e hice el resto del camino hasta el apartamento de la muchacha andando, mecánicamente, como un zombi. No podría decir si durante el camino estuve pensando en algo o no, no podría decir si me encontré con alguien, si pasó algo, cualquier cosa. Sólo puedo decir que cuando quise darme cuenta me encontraba frente al edificio de apartamentos, mirándolo desde la acera de enfrente, sin un pensamiento, sin una razón.

Crucé la calle rápidamente y me metí en el portal, la puerta estaba abierta. Simplemente parecía no funcionar; no me había fijado en eso al llevar a Carlos.

Subí y me quedé parado frente a la puerta de su apartamento, pensando si debía llamar o si sería demasiado tarde.

Sí, era demasiado tarde... para Doyle, para la muchacha. Golpeé la puerta con suavidad, y en la quietud de la noche escuché el sonido metálico, un sonido hueco, que dejaba en el aire el golpear de mis nudillos.

Instantes después escuché el chasquido del mecanismo de la luz infrarroja del visor de la puerta al encenderse. Era un típico modelo AT-64; esos mecanismos no deberían hacer ruido, pero ese modelo lo hacía. Pensando en esas tonterías se abrió la puerta. Carlos estaba frente a mí, tenía mala cara, pero no podría decir si era por los golpes, y las distintas coloraciones que dejaban en su cara, o si era por otra razón, tal vez más sutil. El caso es que no tenía buena cara.

Se echó a un lado para que entrara.

Allí pude ver a la muchacha tumbada en la cama, en un rincón de la habitación, de espaldas, con la cara pegada a la pared. Baltasar estaba tumbado a su lado; levantó la cabeza, echó las orejas hacia delante y vino corriendo. Dejé la caja de herramientas en el suelo

a tiempo para coger a Baltasar que saltaba sobre mí.

Escuché cerrarse la puerta detrás y después vi a Carlos junto a mí.

—¿Lo sabe? —le pregunté mirando a la muchacha.

—Me preguntó por John. Se lo he dicho.

Nos quedamos allí de pie, sin decir nada, mirándola.

Tras pasar un rato así me acerqué a la cama y me senté en ella. Dejé a Baltasar en el suelo y puse mi mano sobre el hombro de la muchacha.

—Lo siento. Doyle ha muerto —como un tonto lo dije, porque me había prometido que se lo iba a decir; pero, ¿qué sentido tenía decirle algo que ella sabía? Ninguno, supongo. Sentirme mejor conmigo. Para ella, ninguno.

—Hay un fuego... arde muy dentro de nosotros. El mío se consume sin esperanza —dijo con su dulce voz; y sin girarse, sin dejar de tener la cabeza apoyada en la pared, puso su mano sobre la mía.

Escuché su lloro apagado.

El día amaneció como cualquier otro en Marte. Oscuro.

Miré alrededor, estaba en el apartamento de la muchacha, en el suelo, junto a su cama, apoyado en la pared. Baltasar estaba hecho una bola en mi regazo. Ella seguía como la noche anterior, en la cama, de espaldas, podía escuchar el suave sonido de su respiración, parecía dormida; algunas veces su respiración se detenía durante instantes que parecían no tener fin, hasta que volvía a respirar aceleradamente, con un gran suspiro, musitando palabras ininteligibles. Carlos estaba en el único sillón de la habitación, con la boca abierta, roncando, con su cara amoratada y rota.

Baltasar se despertó, se bajó y empezó a estirarse mientras abría lentamente la boca con un gran bostezo.

Debí quedarme dormido. Lo siguiente que recuerdo es a Baltasar mordiéndome un pie, al mirar el brazal vi que era casi mediodía.

De repente recordé algo, ¡nos habíamos olvidado de Doyle!

Me había olvidado de Doyle.

Me levanté.

Me lavé la cara en el fregadero que había en la diminuta cocina y al girar me encontré a Carlos mirándome. En su cara había una expresión extraña que me resultó imposible descifrar.

—Voy al club —le dije, y conforme se lo decía Carlos se levantó—. No, Carlos... —Le hice sentarse de nuevo—. Es mejor que te quedes. Con la cara tal y como la tienes llamas demasiado la atención. Nadie debe relacionarte de ninguna manera con lo sucedido anoche. Además, tienes que quedarte con ella.

Busqué la correa de Baltasar por la habitación pero no conseguí encontrarla, así que

rebusqué en la caja de herramientas y me guardé un cable de conexión en el bolsillo. Cogí la caja y me marché al club.

Por el camino pude ver a los operarios que limpiaban y arreglaban los desperfectos de la noche anterior. Los más visibles eran los que estaban subidos en escaleras, cambiando las cámaras de vigilancia. En unas pocas horas todas volverían a estar operativas. En unas pocas horas parecería como si nada hubiese pasado la noche anterior, al menos para casi todo el mundo.

A la entrada del callejón la gente que pasaba se paraba a mirar. Tan sólo un instante, miraban hacia el interior del callejón y después seguían su camino; unos pocos se quedaban durante algo más de rato, hablando. Pasé entre ellos sin pararme.

En la puerta del club me encontré a la policía. No se podía entrar.

—¿Qué sucede? —le pregunté a uno.

—Un par de interfectos —respondió mirando primero a Baltasar y después a la caja de herramientas.

—¿Un par de qué?

—De muertos... —contestó sin dejar de mirar la caja de herramientas—. Esa caja es del club, ¿trabajas aquí?

Levanté la caja y la miré. En el lateral llevaba un grabado a fuego —de esos que estuvieron de moda unos años atrás— con el nombre y el logo del club.

Sonreí; como el que dice sí, pero sin decir nada.

—Pasa, seguro que alguien querrá interrogarte.

Entré, sin tener claro si eso sería bueno o malo.

Me senté en un taburete, en una de las barras que estaban casi totalmente a oscuras, al fondo del local. Baltasar se puso a dar su vuelta acostumbrada y yo me puse a mirar el contenido de la caja de herramientas sin ningún interés, para hacerme el ocupado. Entretanto, pensaba y miraba alrededor.

Dos muertos... que raro. Uno sería Doyle, pero, ¿y el otro? No podían ser los dos que le llevé a la cazarrecompensas, si fuese así serían tres; a no ser que quien fuese no hubiese tenido tiempo de traer los dos cuerpos. Pero, ¿quién podría querer traer un cadáver hasta el club?... Podían ser los dos de la cazarrecompensas, pero en ese caso, ¿dónde estaba Doyle?, ¿quién podría querer llevárselo?... Ya puestos, los dos cadáveres podían ser nuevos, o sólo uno de ellos.

Me sobraba un muerto. No tenía ni idea y solo no conseguiría averiguar nada.

Seguí esperando un rato, hasta que, por fin, vi a Henri. Bajaba por una de las escaleras que conducía a la planta de arriba, la que quedaba más cerca de la zona de los despachos. Iba hablando con un hombre delgado y alto que no dejaba de mirar su brazal —excepto para mirar a un par de policías uniformados que se encontraban junto a una barra, cerca de la puerta—. Henri y el hombre delgado se detuvieron a los pies de la escalera du-

rante un largo rato. Durante todo ese tiempo no dejaron de hablar mientras miraban, casi sin darse cuenta, hacia lo alto de la escalera; en ocasiones el hombre delgado también echaba un vistazo a los dos policías. Después, aunque continuaron juntos, andando en la misma dirección, no se dijeron nada, ni en el momento en el que el hombre delgado, al llegar a la altura de los dos policías a los que llevaba rato observando, se quedó con ellos, hablando.

Henri, que me había visto desde casi el mismo momento en el que yo le vi a él, se acercó hacia mí sin prisa.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Han descubierto el cuerpo de *monsieur* Doyle... y el de *monsieur* Kahn.

—¿Kahn, Drod Kahn?

—Sí, *monsieur*. Los dos estaban en el despacho de *monsieur* Kahn.

—¿Quién ha matado a Kahn? ¿La policía tiene alguna pista?

—*Monsieur*, no sé qué contestarle. Hablan mucho y no dicen nada. —Miró hacia donde estaba el hombre delgado junto con los otros dos y después, mirándome de nuevo, continuó hablando—. Tal vez sería mejor que no le viesen mucho por aquí. —Y volvió a mirar hacia los tres hombres.

—Puede que tengas razón. Si me necesitas, si hay algún problema, estaré en el apartamento de la chica... —Señalé discretamente con el pulgar la barra en la que trabajaba ella—. O en la hospedería Daumen, ¿sabes dónde está?

—Sin duda alguna, *monsieur*. Muchos de los empleados de *monsieur* De Munn se hospedan allí.

—La muchacha no vendrá durante unos días, ¿habrá algún problema?

—Ninguno, *monsieur*.

Le di la caja de herramientas, busqué a Baltasar y me marché.

Al salir el policía con el que hablé me preguntó:

—¿Le han interrogado?

—No querían nada de mí —respondí.

Si querían hablar conmigo que me buscasen. No trabajaba allí, les costaría bastante encontrarme.

Me marchaba del club con más dudas de las que tenía al llegar.

Antes de llegar, mi mayor duda era qué hacer con Doyle; esa estaba resuelta, no podía hacer nada.

Después, supongo que las mayores dudas que podía tener eran las de no saber quién había matado a Kahn y por qué. Además, al igual que antes, tampoco sabía si Eldar había hecho lo que planifiqué,... y poco más o menos que le había dicho adiós a Eldar, lo cual significaba el final de mi viaje con ellos y quién sabe cuántas más dificultades para conseguir llegar a la Tierra. Tampoco sabía cuál de esas incógnitas podía llegar a ser más importante. Para finalizar, no sabía que era lo que más me preocupaba o lo que más me importa-

ba.

Necesitaba pensar, así que me fui a dar un paseo con Baltasar; bueno para Baltasar, una pérdida de tiempo para mí.

Tras un largo rato deambulando por Colorado regresamos al apartamento de la muchacha, sin prisa.

Era media tarde al llegar. Allí seguían los dos.

Carlos me había abierto la puerta y me miraba interrogativamente. Antes de que pudiese decir nada, la muchacha, que estaba sentada sobre la cama con las piernas cruzadas, empezó a hablar a la vez que se levantaba.

—Seguro que no habéis comido. —Sonrió, como quien se pega un martillazo en un dedo y dice que no le duele—. Tendréis hambre.

Fue hasta la cocina, sirvió dos platos y puso uno en la mesa y otro al lado, en el suelo.

—Anda, come —me dijo. A Baltasar no hizo falta que le dijesen nada.

No tenía hambre, pero tras un largo insistir me senté y comí.

Comiendo les conté todo lo que sabía y todo lo que imaginaba. Ninguno de los dos habló ni dijo nada, no hicieron el más mínimo ruido, y, aun así, tenía la certeza de que escuchaban todo lo que decía con la mayor de las atenciones. Podía ver como se contraían los músculos de la mandíbula de Carlos; podía ver como se iban encharcando los ojos de la muchacha, hasta que las lágrimas quedaron suspendidas, sin llegar a caer, en sus brillantes ojos.

El resto de la tarde Carlos permaneció sentado en el sillón, esquivo y huraño.

La muchacha y yo nos tumbados en el suelo, mirando a través de la ventana como se oscurecía lentamente, gradualmente, el cielo de Marte tras los cristales sucios de la bóveda.

—Hay cosas que sólo tienen un momento —empezó a decir—, un momento que puede durar toda una vida. Pero después, ¿qué importancia tienen?... —Se quedó pensativa, como si pensara en su propia pregunta—. Ninguna —se respondió.

—¿Qué intentas decirme con eso?

—Que no sientas pena cuando ya es tarde. Si quieres hacer algo evita que sea tarde.

—Lo siento, pero no entiendo lo que quieres decirme.

—No quiero compasión, quiero respeto. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo... Te entiendo. Pero yo siempre te he respetado.

—Sí, lo sé. Tenía que decírselo a alguien; la gente a la que tendría que decírselo no me escucharía... Tenía que decirlo en nombre de John.

Tras una larga pausa continuó hablando, más, creo, consigo misma que conmigo; preguntó:

—¿A veces no has sentido ganas de decir algo que no venía a cuento, algo que te quema por dentro y que sabes que no dejará de hacerlo hasta que lo eches?

—Entonces, sigue.

—No —dijo mirándome como si acabase de darse cuenta de que estaba pensando en voz alta—, son tonterías mías. —Tras esas palabras no hubo más en toda la noche.

Mientras seguía allí tumbado, empecé a darle vueltas a lo que ella había dicho y a todo lo que podía querer significar. Pedía lo que todos merecemos, respeto. Es lo que ella quería y no había recibido, es lo que quería Doyle, es lo que quiere todo el mundo,... respeto. Tenía razón, la gente no quiere compasión, quiere respeto,... la compasión que se la metan por el... Bueno, ya me entiendes.

VI

La mañana siguiente casi había desaparecido cuando desperté.

Al abrir los ojos me encontré a Sasha sentado, con su cuerpo regordete, a la mesa, comiendo y hablando con la muchacha.

—Buenos días —dijo mirándome, después giró la cabeza y continuó hablando con ella.

—¿Y Baltasar? —pregunté tras mirar por toda la habitación y no verlo por ninguna parte.

—Con Carlos —respondió la muchacha.

Sí, Carlos tampoco estaba.

—Creo que últimamente estoy durmiendo demasiado.

—Creo que últimamente tienes demasiadas... complicaciones —concluyó Sasha.

Minutos después Sasha y yo estábamos en la calle, en un puesto ambulante, yo desayunando y Sasha mirando.

—¿Has leído los periódicos? —Negué con la cabeza sin dejar de beber—. ¿Has visto las noticias?

—No, acabo de levantarme. Además, nunca me molesto en ver eso.

—Pues hoy te interesarían.

Sin dejar el desayuno me puse a toquetear una pantalla del puesto ambulante que quedaba frente a mí.

Aparecía en la primera página del periódico, de todos los periódicos, habían detenido a una cazarrecompensas que había matado a uno de los dueños del club Kiutes y a dos de sus guardaespaldas. Los motivos aún no estaban claros, decía el periódico.

—¿La cazarrecompensas ha matado a Drod Kahn?

—Si ha matado a los guardaespaldas de Kahn, entonces, acaso pueda ser que sí. Presumo que al encontrarla con los dos guardaespaldas muertos en su habitación han supuesto que también ha matado a Kahn.

—¿Y quién ha matado a Kahn?

—Laski.

—¿Laski? ¿Qué tiene él que ver con esto?

—Que Eldar hizo una apuesta desde el ordenador de Kahn en contra de John Doyle y la pagó, obviamente, con crédito de una cuenta de Kahn. Además, se lo dijo a Zoltán, que no tardó mucho en decírselo a Laski...; lo peor que puedes hacerle a un corredor de apuestas es intentar robarle su crédito. —Sasha, levantando el brazo, llamó al camarero del puesto y pidió un pincho y un refresco, después continuó hablando con una sonrisa en los labios—. Ahora Zoltán y Laski parecen amigos de toda la vida, Laski no se ha arruinado y Zoltán se acaba de convertir en el único propietario del Kiutes. —Bebió un sorbo de su vaso—. Por cierto, está pensando en cambiarle el nombre.

—¿Cuándo hizo Eldar una apuesta en contra de Doyle?

—¡Porvida! Después de que le dijeras lo que pretendía hacer Kahn.

—Pensé que no me había escuchado.

—Sí te escuchó, lo que pasa es que estábamos un poco intranquilos con la sinceridad de tu amistad. Pensamos que tal vez nos estuvieses vendiendo. Nos seguías, te escabullías de noche, buscabas entre nuestros informes,...

—Nunca os seguí, te vi en una ocasión siguiendo a la cazarrecompensas por casualidad. Lo otro lo hice porque vosotros no me decíais nada.

—Me temo que la desconfianza engendra desconfianza —dijo sonriendo.

—¿La policía se tragará lo de que haya sido la cazarrecompensas?

—De momento lo están haciendo, aunque con improvisación, está todo bien pergeñado. Por otro lado, nosotros casi no hemos tenido nada que ver, únicamente hemos movido algo de crédito y algún cadáver de un lugar para otro. Casi se podría decir que nada de importancia.

Durante un largo rato comimos y bebimos sin decir nada. Mientras, Sasha se entretuvo mirando a la gente que pasaba.

—Hemos hablando con el capitán Dezhnev —comenzó a hablar de nuevo—, pasado mañana estará aquí para recogernos. Me gustaría que vinieses con nosotros. Te esperaremos en la terminal hasta las ocho y veinte de la mañana.

Se levantó como para marcharse pero, finalmente, se volvió hacia mí y continuó hablando.

—No me despido, espero hacerlo cerca de la Tierra.

Me dio una palmada en el hombro y esta vez sí se marchó.

Cuando volví al apartamento de la muchacha ya habían vuelto Carlos y Baltasar. Baltasar saltó sobre mí y me lamió la cara; mil veces le había dicho que no lo hiciera, pero él... él es Baltasar.

Nadie dijo nada hasta la hora de la comida, entonces les conté lo de mi pronta mar-

cha. No hubo ningún comentario, nadie más habló durante la comida.

Menos de una hora después de acabar de comer Carlos decidió que había llegado también su hora de marcharse. Como siempre habló poco.

—Todos tenemos que marcharnos antes o después. Ahora lo haré yo.

Fue hacia la muchacha y la abrazó.

Tras desearme suerte y abrazarme se marchó.

El resto del día transcurrió casi en total silencio. Al poco de que la muchacha apagase la luz, bien pasada la media noche, le dije que se viniese a la Tierra conmigo. Ella, sin siquiera pensarlo, dijo «vale». No hacía falta más.

El día siguiente fue tan sólo una espera hasta el día en el que nos marcharíamos de Colorado. No les dije nada a Sasha ni a Eldar, pero ni por un momento se me pasó por la cabeza que fuesen a decir que no podía venir la muchacha; o quizá no les dije nada para obligarles a tomar esa decisión en el último momento, con ella a nuestro lado. No sé, ¿quién sabe siempre por qué hace las cosas que hace?

El día de la marcha amaneció con una tormenta de arena que no dejaba ver a través de los grandes cristales de las bóvedas y las cúpulas mas que un cielo naranja en todas las direcciones, pálido algunas veces, oscuro las más.

Aunque nos levantamos temprano, se nos hizo algo tarde. Tuvimos que ir a toda prisa hasta la gran terminal.

Sobre la puerta de acceso a la terminal que comunicaba los muelles, una gran pantalla mostraba, en la parte baja, la fecha, y en la parte superior, el juicio a la cazarrecompensas. Se habían dado prisa en resolver el caso. Era quince de febrero.

Estábamos dentro y, de repente, ella se paró.

—No iré contigo.

—¿Por qué?

—Porque tengo que seguir mi camino, como tú tienes que seguir el tuyo; y el tuyo lleva a la Tierra. —Hubo un corto silencio y tras él siguió hablando casi en un susurro—. El mío llega hasta aquí.

Nos miramos durante unos instantes sin decir nada. No había nada que decir, no hacía falta.

Le cogí sus pequeñas manos.

—¿Cómo te llamas?

—Kayla.

—¿Sólo Kayla?

—¡No! —Sonrió con dulzura, como lo haría alguien que está en paz consigo mismo y continuó hablando lentamente, casi susurrando de nuevo—. Kayla, Kayla Ma... —Una lanzadera ahogó su voz durante unos instantes—. Pero qué importa, podría haber sido cual-

quier otro —seguía hablando y sonreía—, ¿acaso importa eso?

Yo también sonreí.

No, no la había escuchado pero seguro que no podía haber sido cualquier otro.

Aunque no lo hubiese podido escuchar ese y no otro tenía que ser.

Me volví, ya nunca más la volvería a ver. Mi brazal empezó a zumbar, eran las 8:13am; faltaban siete minutos para la salida del transbordador, debía darme prisa para llegar a tiempo.

Corriendo hacia la zona de embarque me acordé: «Daniel, yo me llamo Daniel». Nunca se lo dije. Nunca me lo preguntó. ¿Acaso importa eso?

Llegué a tiempo.

Mientras veía como se iba haciendo más pequeña la ciudad, se convertía en una mancha borrosa entre la tormenta y finalmente desaparecía en la superficie del planeta, me di cuenta de que entre mi llegada a Colorado City y mi marcha bien podría haber transcurrido toda una vida.

Nota legal